

La Esfera



Año I * Núm. 35

Precio: 50 cénts.



ESTUDIO, por Cerezo Vallejo



¡PETRÓLEO GAL!
aqui está el secreto de
la belleza de mi señora.

A. Ehrmann.

Año I

29 de Agosto de 1914

Núm. 35

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CÁMARA

LA EMPERATRIZ AUGUSTA VICTORIA, DE ALEMANIA

Princesa de Slesvig-Holstein, nacida el 22 de Octubre de 1858 y casada con el Kaiser el 27 de Febrero de 1881

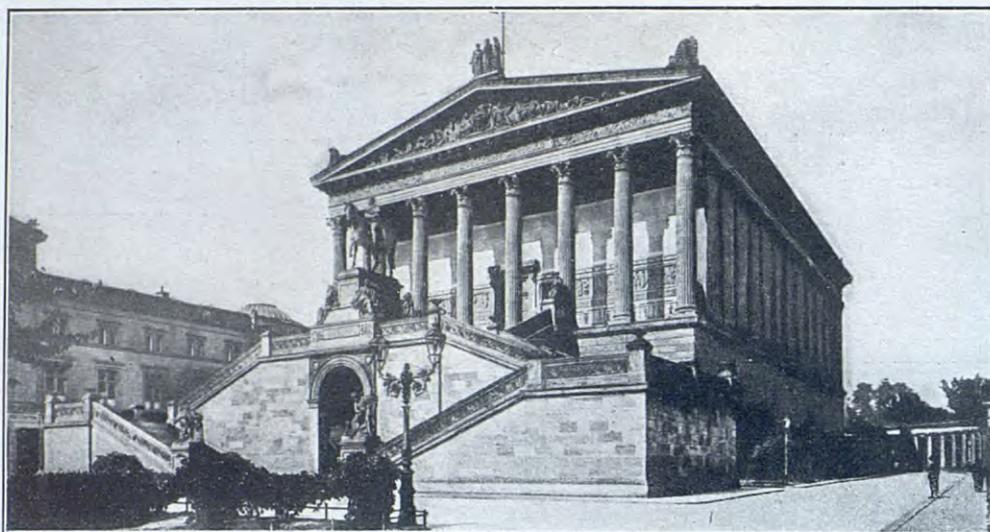
DE LA VIDA QUE PASA
LOCURA PIADOSA

TENGO un amigo artista verdadero, lo cual equivale á decir que está loco. Porque ¿concebís á un amante de la belleza, á un devoto de las cosas sublimes en un medio constante de vulgaridad, grosería y barbarie? De igual manera que se pierde el estómago ingiriendo guisotes y bazofias, se pierde el equilibrio del juicio á fuerza de escuchar y leer disparates y necedades. Así, pues, mi amigo está loco, loco pacífico, que á nadie molesta si no es á sí mismo. La guerra ha acabado de perturbarle el seso y se pasa las horas y los días examinando el plano de Europa. Por ahí comienzan no pocos estrategias.

—Se comprende—me ha dicho—que los hombres se maten. Acaso ello es un bien. La humanidad no merece una lágrima. Lo que no se explica es que destruyan la labor de otros hombres, mejores que ellos, que dieron forma á la belleza absoluta y fueron intérpretes del genio divino. Sin embargo, esto es lo que sucede.

—Vamos—le he contestado.—Tú quisieras que se hiciera lo que tantas veces se ha repetido: que los jefes de los Estados, montasen lindamente á caballo, saliesen á luchar en abierto palenque y resolviesen sus querellas por sí, sin derramar la sangre de los súbditos. Sería espectáculo admirable ver luchar, lanza en ristre, á Guillermo de Alemania con M. Poincaré; á Nicolás de Rusia con Francisco José de Austria; á Jorge de Inglaterra con el Kronprinz, y á Nicolás de Montenegro con el gran Sultán de Turquía. Los heraldos anunciarían el combate, sonarían clarines y atabales, y comenzaría el encuentro, una vez que fuera partido el sol. Golpe de lanza por aquí, mandoble por allá y hachazo hendidor por acullá. Todavía podrían establecerse las apuestas mutuas... Sería una cosa divertidísima.

—No, mentecato, no—ha rugido el artista indignado.—¿No comprendes que entonces serían soberanos en todas partes los luchadores y los héroes? A pocos conflictos europeos serían dueños del universo Paul Pons, Jack Jhonson ó Carpentier. ¿De dónde sacas además que son los Reyes y Emperadores los responsables de la guerra? Lo son los pueblos que los acatan y que sienten verdaderos odios de raza. No. ¡Son los



La Galería Nacional, de Berlín

que se hunda el Partenón, ó en Colonia, para que caigan los explosivos encima de las agujas de las torres. ¿Que un canciller tiene el genio fuerte? Pues á arrasar los campos de patatas. ¿Que no se ha interpretado bien el tratado de tal ó cual fecha? Lo inmediato es destruir las líneas de ferrocarriles, los puentes, los canales, los bosques, los monumentos y las viviendas particulares. ¿Tiene eso sentido común?

—Amigo mío—he dicho al piadoso reformador—la guerra no es precisamente la ciencia del sentido común. Su fin es el triunfo y éste hay que conseguirlo de cualquier manera. Quien da primero da dos veces y no es cosa de perder el tiempo en viajes al polo ó á las llanuras de la

Arabia. Además, los grandes monumentos artísticos son tanto más preciados cuanto es más difícil conservarlos, como lo son los jarrones de Sevres, precisamente por que es muy fácil hacerlos añicos. En un cuento de Goethe:—¿Por qué soy perecedera, ¡oh Júpiter!—pregunta la belleza.—Y el Dios contesta:—No hay remedio; por que no hice bello sino á lo perecedero y lo frágil. Y el amor, las flores, el rocío y la juventud, se apartan llorando del trono de Júpiter.

—¿De modo—ha preguntado el pintor con angustia—que es ley eterna que se pierdan y se aniquilen las más altas creaciones del espíritu humano; que no sólo mueran, como dice el cantor de Itálica, Césares, casas y jardines, sino también las piedras que de ellos se escribieron? ¿Que es destino de las obras del genio marchitarse como las rosas, disiparse en el viento como el humo de las hogueras y perderse en las tenebrosidades del pasado y en las simas de lo desconocido, como si no fueran producto de un comercio entre la inteligencia humana y la divina?

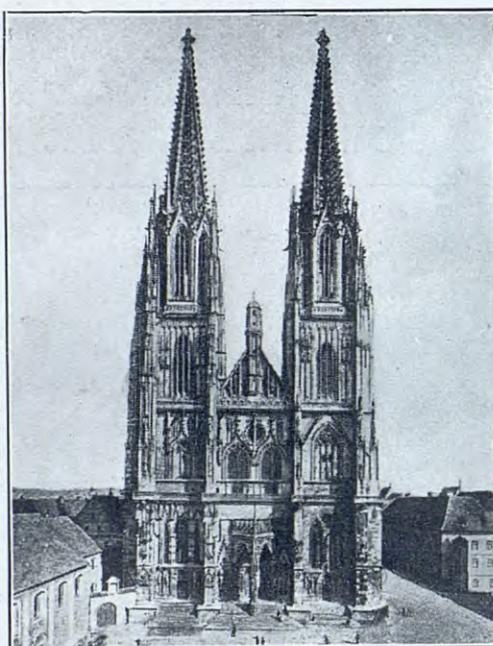
He movido tristemente la cabeza y he dicho:—¡Sí!

En los ojos del pobre loco han brillado dos lágrimas.

—¡Triste destino el de los hombres!—ha murmurado en el colmo del abatimiento.—¡Destruir, siempre destruir!...

—¡Gloriosa finalidad la de los genios—he replicado.—¡Crear, siempre crear!

ANTONIO ZOZAYA



La Catedral de Regensburg

pueblos los que deben luchar unos contra otros, destruirse y si es preciso pulverizarse!

—¡Caramba!—he replicado.—Por mí pueden hacerlo. Por una atrocidad más ó menos...

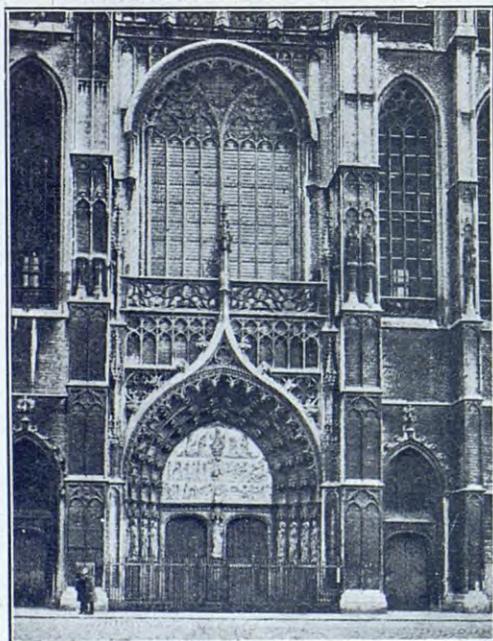
—Pero que lo hagan en donde no molesten—ha seguido el loco.—¿Por qué han de librar las grandes batallas allí donde la guerra es para el arte más funesta? ¿Por qué han de bombardearse en Colonia, en Estrasburgo, en Reims, en Nuremberg, en Berlín ó en París, ciudades artísticas, tesoros inapreciables de idealidad y no han de hacerlo por ejemplo en el desierto de Sahara?

—Hace demasiado calor en verano—me he atrevido á decir humildemente.

—Pues en las estepas de la Siberia que son anchas y ventiladas—ha seguido el pintor irascible.—Frente á frente diez millones de hombres de cada bando y ¡firme hasta que uno de los dos pida misericordia!

—Lo difícil—he alegado—es organizar el combate.

—¡Qué ha de serlo—ha dicho el desdichado.—¿No se hace esto entre caballeros? Cuando un hombre de honor se siente ofendido por otro, ¿se ha visto alguna vez que vaya á buscarle al comedor de su casa y se ponga á romperle la cristalería ó que le sorprenda en su gabinete y comience á dar palos á los espejos y á las porcelanas? No. Le manda dos amigos; se concerta un duelo y éste se verifica en lugar despejado en donde no hay temor de que peligre la vajilla. Pero no: dos naciones riñen. ¿Donde nos sacudiremos el polvo? Pues hombre en Atenas, para



Puerta principal de la Catedral de Amberes



Detalle de la fachada del Ayuntamiento de Bruselas

LA ESFERA

EL GENERALÍSIMO DEL EJÉRCITO FRANCÉS



M. JOFFRE

General jefe del Estado Mayor del Ejército de operaciones, que dirige la campaña contra los alemanes

LOS PUEBLOS
Y SUS PASTORES

En los telegramas, precursores de la guerra, cruzados entre el Emperador de Alemania y el Zar de Rusia, se empleó esta frase tradicional é histórica: «Mi amado primo...» A través de la Historia se repiten y suceden estos parentescos entre los reyes. En el momento actual, si pasais las páginas del *Gotha*, cuyo memorandum de las familias reinantes especifica la procedencia y entronques de cada familia real y principesca, gobernantes ó destronadas, encontraréis que todas están ligadas entre sí por más ó menos lejanos parentescos. Los tronos vacantes se ceden ó regalan á príncipes extranjeros. Así vino un Saboya á ser Rey de España y antes de él un Borbón de Francia vino á nacionalizar española una rama de la Casa francesa y antes todavía la Casa de Austria nos dió un gran Emperador, extinguiéndose ante él las casas reinantes netamente españolas, los reyes de Aragón, de León, de Navarra y de Castilla, que se hundien en los abismos de la Historia al concluir la Reconquista, al acabar de reconstruir la nacionalidad, como si el derecho divino que las asistiera terminara al realizar con la toma de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo, aquella misión providencial. Así, del mismo modo, un danés va á ocupar el trono de Grecia y otro danés el de Noruega y otro extranjero el de Bulgaria. En rifa anduvo no hace mucho el flamante trono de Albania, cuya insurrección parece haber acabado al estallar la conflagración europea.

Otra causa, la más intensa de estos reiterados parentescos entre las familias reinantes es el odio á los matrimonios morganáticos. Un rey ó un príncipe de sangre real, ha de casarse forzo-



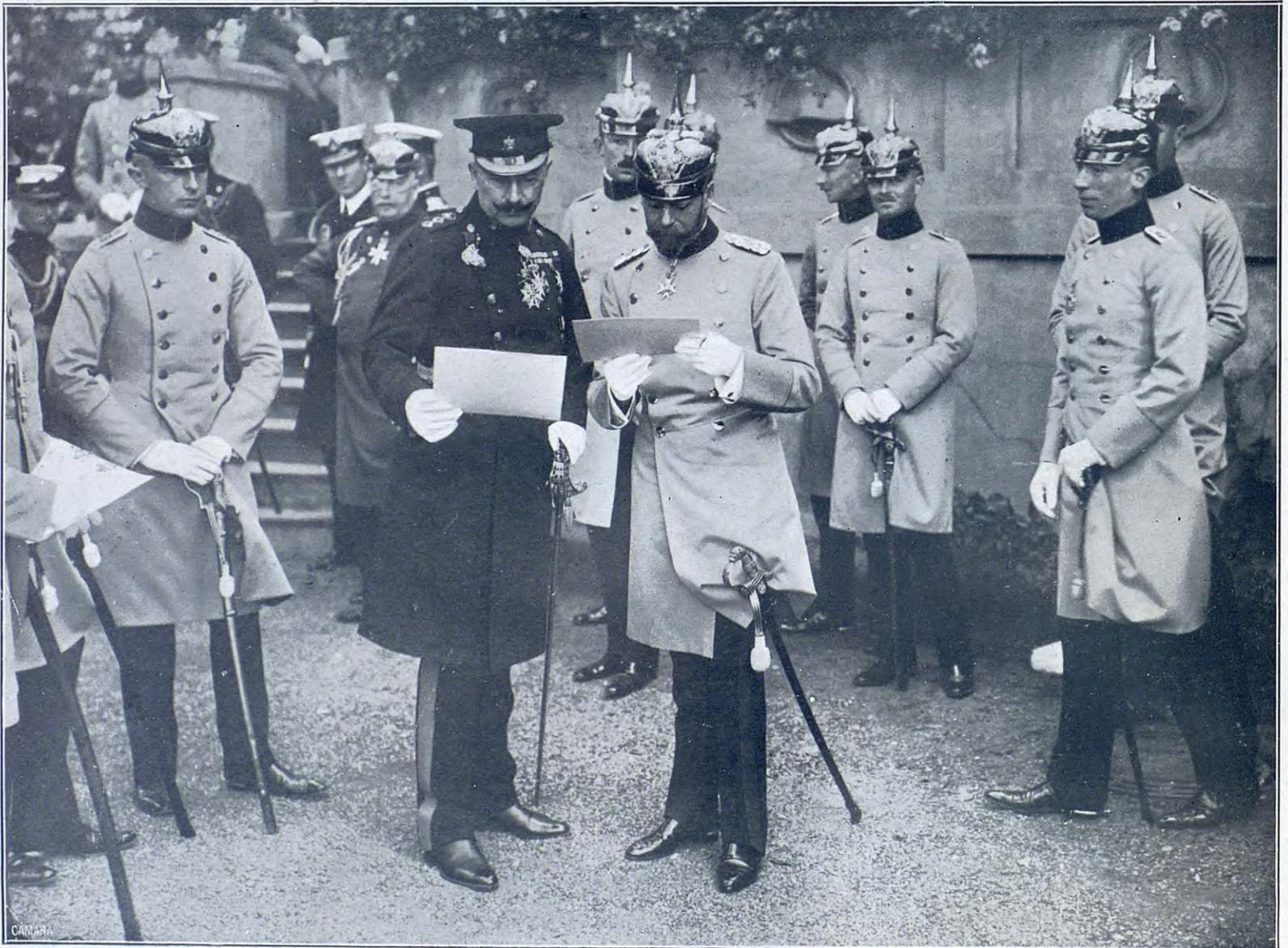
Guillermo II de Alemania y Jorge V de Inglaterra, cuando éste visitó á aquél en Berlín

samente con una princesa de sangre real. Parece que el *quid divinum* disminuye con la contaminación, con sangre burguesa. Los jefes de las Casas reales tienen por el mayor conflicto, el que á uno de sus herederos se les ocurra enamorarse, como en los cuentos de Andersen, de una pastorcita que guardaba su rebaño en la linder del bosque donde el príncipe perseguía á los venados. En los alcázares, la razón de Estado es más fuerte que el amor. Una vieja agorería hace creer que los matrimonios morganáticos traen la desgracia sobre las familias reales que los toleran. La visión de la reina Draga de Serbia, miserablemente asesinada; la de la esposa de Francisco Fernando de Austria, cuya muerte

LOS AMADOS PRIMOS...

tantas vidas va á costar á Europa, parecen dar veracidad á esa superstición. Ninguna familia real, fundada sobre un matrimonio morganático, ha prevalecido. El amor suele ser funesto en las cumbres reales. Parece como una compensación que Dios concede solo á los humildes y á los modestos. Las grandes desgracias acaecidas á familias reales suelen ir acompañadas de una historia ó una leyenda de amoríos, y cuando no existen reales ó son demasiado vulgares el pueblo las inventa ó las poetiza. Ante la belleza de María Antonieta estalla la Revolución; ante la belleza de Eugenia de Montijo el trono de Napoleón se desmorona. Una perfumada flor de pasión, nuestra reina Mercedes, muere en plena luna de miel. En una historia de amor perece el heredero de la corona de Austria, romántico y liviano como un estudiante que hubiera conocido á Werter; el perfil de una bailarina y la sombra de una camarera palatina aceleran la Revolución portuguesa; contra un trono español hacen más daño las historietas amorosas que las balas de Alcolea. En los países constitucionales, los diplomáticos y los políticos proceden como si los príncipes no tuvieran corazón. Se eligen los cónyuges, como se hace un tratado de comercio, y se ahuyenta de los palacios al amor, que es enemigo de la paz de los Estados. Así, por estos reiterados entronques entre un limitado número de familias, todas las casas reales son parientes, lo mismo que en las aldeas pequeñas.

El Emperador de Alemania es primo del Rey de Inglaterra y primo del Zar de Rusia. Así hasta el momento de estallar la guerra, han podido telegrafarse y escribirse, llamándose: «Mi ama-



El Rey de Inglaterra, acompañado del Kaiser, visitando en Berlín el primer regimiento alemán de dragones de la guardia, del que es coronel honorario

FOT. HUGELMAN



El Zar de Rusia y la familia imperial con el Presidente de la República francesa, M. Poincaré, presenciando la gran revista militar verificada en honor de este último

do primo... Este sentimiento familiar, tiene que rendirse y desaparecer ante el interés de los pueblos que quieren pelear ó necesitan pelear para seguir viviendo. En los buenos tiempos de la novela histórica y del folletín sin trabas, no había asunto más conmovedor que el de estas tremendas luchas en el corazón de los reyes y las reinas, que tenían que luchar con sus hermanos ó sus primos ó que se veían obligados á dejarlos desamparados en las mayores tribulaciones. No hablemos de las guerras civiles, de las que la pobre España tiene tan amargos recuerdos. Pensemos en la reina Elena de Italia, tan espiritual, viendo á su anciano padre, el rey de Montenegro, en lucha desesperada con Turquía, sin poder acudir en su ayuda. Pensemos en esa misma Casa de Italia, viendo á sus primos los reyes de Portugal víctimas primero de un atentado y luego acorralados por la Revolución y fugitivos y destronados.

Ahora mismo, en esta conflagración hay, sin duda, en algunos palacios, ojos femeninos que lloran y que miran aterrados al porvenir en esa sima tenebrosa abierta por la guerra. ¿Qué será de Austria? ¿Qué será de Alemania? ¿El príncipe heredero de Servia, gallardo y bravo, no era el prometido de alguna princesita, que añora sus pasiones de mujer, bajo la fría diadema? ¿En la Corte de Rusia no hay unas gentiles princesas, herederas de la belleza singular de su madre, que contaban ya con mudar de nacionalidad, de religión y de idioma y que verán ahora á los príncipes esperados, corriendo el riesgo de las batallas, al frente de los ejércitos enemigos de su nación?

¿Cómo es el corazón de estos reyes, de estos príncipes, que á través de los siglos, aparecen latiendo al unísono, y á través de las distancias y de las razas muestran iguales sentimientos? Un psicólogo, siguiendo la Historia, no podría analizarlos y los genios literarios, que poseen el don supremo de la adivinación, se han detenido ante los muros pétreos de los palacios. En la Literatura universal pasa la sombra trágica del Rey Lear, pasa el misterio de Hamlet, loco de amor filial y loco de amor humano y fuera de ellos, no sabemos más. Daudet nos los muestra caídos, degradados y no es esa la visión que deseá-

mos. Las revoluciones arrebataron de manos de los reyes el poder absoluto, pero no han logrado quitarles un solo destello de la aureola superhumana ó divina de que el pueblo los ve rodeados. Sí; la sangre real no es una frase. Es algo que existe fuera de nuestro análisis; una de las fuerzas inexcrutables que actúan sobre la Humanidad y marcan sus destinos. Son hombres que se convierten en símbolos y no conservan más que la apariencia humana. Sin eso habría que pensar en que el corazón de los reyes y los príncipes serían como espacios del infierno dantesco, donde los mayores sufrimientos estarían anidados. ¡Oh, esas princesitas que esperan que un Consejo de Ministros les señale su hora de amor, serían entonces más desgraciadas que la hija de los leñadores del cuento de Andersen!

Así, cuando un rey se humaniza, cuando en nuestro lenguaje decimos que se democratiza, va dejando de parecer rey á las muchedumbres, que se burlan de él. Aquel Leopoldo de Bélgica, que paseaba su cuadrada barba por los bulevares de París, era un rey de opereta bufa.

No se les concede derecho á disfrutar la libertad ciudadana. Son prisioneros de su deber.

¡He ahí el misterio!... El misterio que desde la cuna de la Humanidad la acompañará hasta el día en que providencialmente desaparezca. En las horas de la paz estos pastores de pueblos pueden concertar sus alianzas familiares y abrir sus corazones á la expansión de los sentimientos humanos. Son de carne y hueso y saben del amor y de las pasiones como todos los nacidos, pero

en el momento en que la razón de Estado surge, sus corazones se cierran como las flores tropicales ante las sombras de la noche.

Y luego, cuando hayan muerto miles de miles de desconocidos soldados y la Humanidad se sienta estremecida de espanto ante los horrores de la guerra y se haga la paz, los amados primos volverán á estrecharse las manos, y á sentir los cariños de quienes están ligados por vínculos de la sangre. ¡Y las princesitas volverán á esperar de los diplomáticos y los gobernantes, la palabra sagrada que las ha de hacer felices!



EL ZAR DE RUSIA Y EL REY DE INGLATERRA
Fotografía hecha cuando Jorge V visitó á Nicolás II



M. Poincaré, acompañado del Zar de Rusia, pasando revista al batallón de infantería de Marina que le tributó honores á su llegada á Peterhof

LOS QUE FUERON: EL DUQUE DE RIVAS

Como queda dicho en el artículo anterior, los años, los desengaños y las penalidades del destierro, habían calmado un tanto el fogoso temperamento del temerario militar y demagogo político. Al heredar el título de Duque de Rivas, parecía como que la responsabilidad del mismo le había aplomado. El audaz tribuno que en 1823 retó con ardor bélico á la Santa Alianza y pidió valientemente la deposición del Rey, once años después, en 1834, en el debate de contestación al mensaje de la Corona, pronunció un notable discurso de oposición; pero tan sensato y razonable, que fué elogiado hasta por sus mismos adversarios y le conquistó lugar distinguido en el alto Extamamento.

Las tareas parlamentarias no absorbían todo su tiempo ni le apartaban de su innata afición á la literatura. Volvió á repasar su drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*; hizo en él notables variaciones y versificó los cuadros principales. Esta hermosísima producción, que vino á marcar un nuevo rumbo en la literatura dramática, se estrenó en el Teatro del Príncipe (hoy Español), el 22 de Marzo de 1835, interpretando los papeles principales Concepción Rodríguez (la mejor actriz de entonces), Joaquín García Luna (que hizo Don Alvaro), Julián Romea, Pedro López y Antonio Guzmán.

A excepción de la Rodríguez y Guzmán, que estuvieron muy bien, el drama fué mal representado, sobre todo por el protagonista, y no muy bien recibido del público, que, como era la primera obra francamente romántica, original, que veía, la encontró demasiado cruda y no le pareció bien que muriesen tantos personajes. Aplaudió, sin embargo, los cuadros de costumbres y la brillante versificación de algunas escenas.

La crítica tampoco le fué muy favorable. El mismo D. Joaquín Francisco Pacheco, que tanto ensalzó después el drama, llamándole el verdadero *Edipo Español*, escribió á los tres ó cuatro días del estreno estas palabras:

«Sabemos que el autor de *Don Alvaro* no se retrae de la carrera dramática, por no haber obtenido en esta obra el éxito tan feliz que apetece todo autor; y si nuestro voto puede confirmarle en su intención, desde luego se lo damos con la mayor verdad. *Don Alvaro* pasará de nuestros días, cuando otras obras menos criticadas las hemos visto nacer y morir».

Como el éxito fué vario y la obra sólo alcanzó siete representaciones, no se imprimió hasta cuatro ó cinco años después y esa fué otra de las causas de su poco renombre durante algún tiempo.

Se dijo también cuando el estreno, que el *Don Alvaro* estaba tomado de un artículo de Monsieur P. Merimée, cuando era justamente lo contrario. En París leyó Saavedra su drama á Merimée; y éste, que como su paisano Molière cogía «con bien» donde quiera que lo hallaba, se apoderó del asunto é hizo un cuento con él. (Debo muchas de estas interesantes noticias á la amabilidad de mi querido amigo el sabio académico D. Emilio Cotarelo).

Puede decirse que el verdadero estreno de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, fué el 27 de Diciembre de 1878, por el eminente actor de grata memoria Rafael Calvo, que obtuvo, interpretando el protagonista, uno de los mayores triunfos, quizá el más grande, de su gloriosa carrera artística.

Pero volvamos al Duque de Rivas. Después de una corta estancia en Andalucía, durante la cual hubo un movimiento revolucionario contra el Ministerio Toreno, volvió á Madrid, abriéronse las sesiones de los Estamentos y fué elegido vicepresidente del de Próceres y condecorado con la Gran Cruz de Carlos III. Al propio tiempo la Academia Española le recibía en su seno, y al crearse el Ateneo, fué elegido por unanimidad presidente del mismo.

En unión de sus antiguos amigos Istúriz y Galiano, fué rectificando sus ideas tan acentuadamente, que llegó á constituir con dichos señores la jefatura del partido conservador, y al formar Istúriz Ministerio, se le designó para la cartera de Gobernación.

Al presentarse al nuevo Gobierno en el Estamento de procuradores, después de un violento discurso de Olózaga, el público de las tribunas silbó á los ministros. Cuenta la crónica, que el Duque dijo por lo bajo á sus colegas: «¡Es posible!... ¡Silbarme á mí!...»

El Duque de Rivas fué el ministro que dirigió las primeras elecciones directas y cuentan que lo

hizo con tino y discreción; pero aquellas Cortes no llegaron á reunirse; el partido progresista las condenó de antemano; apeló á la fuerza y nombró Juntas revolucionarias. El Duque tuvo que esconderse huyendo de la quema; se refugió en casa del ministro de Inglaterra y allí permaneció veinticuatro días, al cabo de los cuales resolvió emigrar nuevamente. La primera vez había sido expulsado por los absolutistas; la segunda por los liberales. ¡Tristes ironías del Destino!...

Corriendo no pocos peligros logró llegar primero á Lisboa y luego á Gibraltar, donde permaneció un año y hubo de apelar otra vez á la pintura para poder vivir, porque sus bienes habían sido nuevamente confiscados.

Promulgada la Constitución de 1857, la juró en manos del Cónsul español y retornó á Madrid volviendo á meterse de hoz y de coz en el tráfigo político. Fué elegido senador por Cádiz, y en aquella y en las siguientes legislaturas defendió los principios conservadores, apoyó el convenio de Vergara que ponía fin á la guerra civil, y proclamó la necesidad de conservar sus fueros á las provincias. El cambio político conocido con el nombre de *Pronunciamiento de Septiembre*, le apartó por mucho tiempo de las luchas políticas.

El desaliento y los desengaños no le quitaron su afición á la literatura y á ella volvió con el



EL DUQUE DE RIVAS

entusiasmo de siempre; pero no se atrevió á seguir las huellas iniciadas en el *Don Alvaro*, tomando en cuenta la opinión de los críticos *chirles* que se habían asustado de la grandeza—que no podían comprender—de tan soberbia producción. Escribió tres comedias: *Solares de un prisionero*, *El crisol de la lealtad* y *La morisca de Alajuar*, todas ellas imitación del teatro antiguo.

Retirado en Sevilla, escribía sus bellos é interesantes *Romances históricos*; también compuso por aquella época la comedia festiva *El parador de Bailén* y el drama fantástico *El desengaño en un sueño*, con cuyas obras se retiró para siempre de la literatura dramática. La crítica no estuvo muy benévola con *El parador de Bailén*, y tal vez por eso no la incluyó el autor en la colección de sus obras. *El desengaño en un sueño*, por su mucho aparato y por dificultades de ejecución y de reparto, no llegó á representarse por entonces. Asuntos particulares le trajeron á Madrid á mediados del año 45, encontrándose en los sucesos políticos que perturbaron la capital de la Monarquía. Durante aquellas azarosas circunstancias el Duque se consagró al servicio personal de la Reina niña, y se estableció en Palacio con otros Grandes hasta que cesó de hecho la regencia del Duque de la Victoria y se estableció el Gobierno provisional.

En las nuevas elecciones fué senador por Córdoba y vicepresidente de la Alta Cámara, donde sostuvo con un elocuente discurso la ley declarando la mayoría de la Reina. Siendo presidente del Consejo D. Luis González Bravo, se le confirió al duque de Rivas la legación de Nápoles, capital de las Dos Sicilias.

En aquella Corte fué muy bien acogido y pudo dedicarse á sus aficiones predilectas. Pintó varios cuadros, entre ellos una *Judit* de gran mérito que figuró luego en las Exposiciones de la Academia de San Fernando, y escribió la historia de la *Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masaniello*, con la cual demostró que además de eminente poeta era un gran prosista.

Al verificarse el matrimonio de la Reina Isabel con su primo D. Francisco de Asís, el Duque vino á Madrid á felicitar personalmente á Sus Majestades y llegó en el preciso momento de la caída del Ministerio Istúriz. Fuéronle ofrecidas la presidencia del nuevo Gabinete y la cartera de Estado; pero rehusó el ofrecimiento y se volvió á su legación de Nápoles, donde á poco de llegar comenzaron los motines y las asonadas en demanda de una libertad que se negaba á conceder Fernando II. La tenacidad de este Rey, no obstante los consejos del ministro de España, provocó el 12 de Enero de 1848 una formidable insurrección en Palermo, que dió por resultado el vencimiento de las tropas reales. El casamiento del Conde de Montemolín con la Princesa Carolina, obligó al Duque á presentar su dimisión y salió de Nápoles el 10 de Julio de 1850.

Retirado y tranquilo estaba en su casa, donde se había formado una tertulia literaria de verdadero fuste, cuando á consecuencia de los sucesos de Vicálvaro hubo de volver á la lucha política, teniendo que encargarse contra toda su voluntad de la Presidencia del Consejo de Ministros. A las seis de la mañana del 18 de Julio de 1854 prestó juramento el nuevo Gobierno. Inmediatamente estalló la rebelión y el Gobierno tuvo que refugiarse en Palacio. Un día después, el 19, para calmar la agitación popular, se publicó un decreto otorgando el Poder al general Espartaco y antes de que éste llegase á Madrid, el 20 por la tarde, hubo necesidad de nombrar ministro de la Guerra y capitán general de Castilla la Nueva al general San Miguel.

Y vuelta á tener que esconderse el Duque de Rivas. Esta vez lo hizo en la Embajada francesa. En este hombre extraordinario, por lo que se refiere á su gestión política, se cumplía el dicho vulgar de que «cuando no estaba preso le andaban buscando».

Al cabo de dos años, vuelto Narváez al Poder, el Duque fué nombrado Embajador en París, ocupando en aquella Corte lugar señaladísimo y siendo agasajado por los Soberanos, singularmente por la Emperatriz Eugenia; que lo estimaba mucho. Al subir al Poder el general O'Donnell, el Duque abandonó la Embajada. El Emperador le confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Al morir Martínez de la Rosa, fué nombrado director de la Academia Española y poco después agraciado con el Toisón de Oro. En 1865 se le nombró presidente del Consejo de Estado, último cargo oficial que desempeñó y que dimitió un año después por el delicado estado de su salud. Tan delicado, que falleció el 22 de Junio de 1865, después de dolorosa enfermedad.

No pretendo haber trazado una biografía completa del Duque Rivas: para ello necesitaría un tiempo y un espacio de que no dispongo; me he limitado á narrar concisamente, los hechos más culminantes de su azarosa vida, fiel reflejo de la historia política de su tiempo.

En la historia del Duque de Rivas hay una enseñanza política que es al propio tiempo un alegato en favor de la literatura. D. Angel de Saavedra fué soldado heroico, audaz revolucionario, orador elocuente, ministro, presidente del Consejo, Embajador; obtuvo las más altas distinciones y los honores más preciados, y al llegar la hora de la depuración ¿con qué títulos se presenta á la posteridad? ¿Cómo y por qué se le conoce al presente? Como poeta y principalmente por autor dramático... y por una sola obra: *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Seguramente que al hablar en estos tiempos del Duque de Rivas nadie se acuerda del soldado, ni del revolucionario, ni del sagaz diplomático, ni del encumbrado político...

Los *Romances históricos* y *Don Alvaro* sobre todo, es lo que vive y perdura en la memoria de las gentes. *La fuerza del sino* es la mayor y acaso la única *fuerza* del Duque de Rivas. Y ya es bastante.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

LA ESFERA
NOTAS MADRILEÑAS



LAS NOCHES DE RECOLETOS

Dibujo de Barbero



MARGARITA XIRGU Y PÉREZ GALDÓS : UNA TARDE EN "SAN QUINTÍN"

MARGARITA Xirgu quería conocer al glorioso Pérez Galdós. D. Benito quería también conocer á Margarita Xirgu. La gran artista y el excelso cantor de los *Episodios nacionales* sentían al mismo tiempo, como atraídos mutuamente, el mismo deseo. Y Margarita ha estado una tarde en «San Quintín», el retiro del maestro en verano.

Nunca me pareció Margarita Xirgu mujer de tanto corazón, ni tan artista, ni tan grande, ni tan buena, como rindiendo al insigne escritor el homenaje de su devoción. ¡Qué efusión puso en las manos, qué temblor en los labios y qué luz en los ojos, al acercarse al venerado maestro! Parecía una musa que ofrendaba flores al genio.

El poeta y la artista hablaron brevemente en la terraza. Ella escuchaba al autor de *La loca de la casa* con marcadísima atención, mirándole curiosamente á la cara, mientras jugaba con el abanico como una niña. Me pareció que D. Benito hacía el elogio de la Xirgu y de su arte, porque ella bajó los ojos y dibujó un gracioso mohín precursor de una risa como un trémolo. Después llegaron á mis oídos, como un susurro, divinos nombres de mujer, idelizados por el arte: Magda, Zazá, Salomé...

El glorioso maestro de *Mariucha* echó á andar hacia su despacho, situado en la planta baja con una gran ventana que da al jardín, por la que recibe la caricia del aire del mar. Detrás iba la artista, balanceando lentamente la blanca pluma del sombrero, gallarda como un penacho.

Estaba la sala envuelta en una densa penumbra, casi en sombras, y la escasa luz que entraba en ella por los pintados cristales del Norte, le daba aspecto de oratorio. D. Benito abrió la ventana y se inundó el despacho de la radiante claridad de la tarde. Los blancos rayos de luz besaron lienzos y bronce, se enredaron en los flecos de las cortinas, corrieron á lo largo del techo, se deslizaron sobre las coronas que evocan noches de triunfo, y fueron á confundirse con el tamizado resplandor que caía del alto ventanal de vidrios pintados como el de una catedral gótica.

Margarita, de pie, junto á la puerta, paseaba los ojos por la estancia, contemplándolo todo, admirándolo todo, con más curiosidad las coronas, marchitas por el tiempo, que fueron testigos de unas triunfales noches en que el pueblo español rindió al creador de *Gloria*, de *Mariucha* y de *Barbara* el homenaje que debía á su gloria.

—¡Cáunto hermoso trofeo!—exclamó la artista, penetrando en el santuario galdosiano.

—Allí—dijo el maestro—están los retratos de muchas grandes artistas; pero falta el de usted. Con que...

—Ya estará, aunque no lo merece—contestó Margarita, modestamente.

Hubo un largo silencio. D. Benito miraba fijamente á la gran trágica catalana, al través de sus oscuros anteojos, como si quisiera sorprender el tesoro de arte y de emoción que hay detrás de aquellos ojos negros, brillantes, luminosos. La artista seguía paseando su mirada por las paredes llenas de cuadros, de libros, de retratos, de cosas bellas é interesantes. Como obedeciendo á una tentación, avanzó luego por la estancia para admirarlo todo de cerca. Algunas veces, se detuvo largamente ante un retrato curioseándolo con avidez, como á una reliquia.

Entonces, sí que pareció una deidad mensajera de las divinas hijas del maestro, de todas esas mujeres que rien ó lloran en las páginas galdosianas. Bien podía decir, dirigiéndose á este hom-



Pérez Galdós en su finca de "San Quintín", de Santander, hablando con Margarita Xirgu y con el veterano periodista montañés D. José Estrañ
FOT. ARAUNA

bre que ha escalado las cumbres de la celebridad:

—Señor: desde Ficóbriga, me envía Gloria de Lantigua á esta casa que es el alcázar de su vida; quiero cortar unas flores de ese jardín para el sepulcro de María Manuela Téllez, en el humilde camposanto de Aldeacorba; quiero rendiros la gratitud de Demetria y Gracia de Castro-Amézagá; quiero deciros que Amarante y Lesbia llevan vuestro nombre en su corazón; os traigo una dádiva de rosas y oraciones de Inés, de Soledad, de Marcela, de Sor Teodora, de todas las mujeres á quienes dísteis vida gloriosa é inmortal.

D. Benito y Margarita salieron al jardín. Allí estaban varios amigos y admiradores del insigne maestro y de la artista: Estrañ, el viejo poeta de las *Pacotillas*, popularísimo por su ingenio; Ruiz-Tatay, el excelente primer actor de la buena cepa española; Juan Campuzano, el más montañés de todos los literatos montañeses... Margarita traía en las manos varios ejemplares de *La loca de la casa*, de *Mariucha*, de *Barbara*, de *Realidad*, de *Los condenados*.

—Un hermoso regalo del maestro—nos dijo al acercarse.

Todos los libros llevaban unas líneas de simpatía y admiración, trazadas por la misma gloriosa mano que ha escrito tantas obras maestras de la literatura contemporánea. La gran actriz mostraba las dedicatorias, sencillas y expresivas, con cierto orgullo.

—¿Hay proyectos, Margarita?

—Los que puede tener todo aquel que lucha: trabajar, trabajar. Desde aquí iré á San Sebastián, luego á Oviedo y después no sé... Si María Guerrero tarda en venir de América, podré hacer una breve campaña en el Teatro de la Princesa, de Madrid; si viene á punto, al comenzar la temporada, iré en la Primavera, como en la temporada anterior.

—Yo la he seguido á usted paso á paso—decía D. Benito;—tengo exactas noticias de usted y de su arte.

—Y yo he leído sus libros para distraer muchas veces la imaginación de sus constantes luchas. ¡Qué hermosos!

Después, desde la terraza del jardín, la artista catalana contempló el mar, dormido como un lago.

—¿Le gusta á usted el mar?—le pregunté.

—Lo admiro porque es grande, porque ruga, porque domina... ¡Porque es la fuerza! Los poetas suelen preferirlo manso y arrullador; pero ¿no es cierto que es más bello porque es fuerte, trágico, vencedor, indomable?

—La Montaña tuvo poetas que supieron describir la grandeza del mar y de sus luchas.

—¡Pereda!—exclamó la artista con acento de suprema admiración.

—Sí, Pereda. El más grande de todos.

—Hace tiempo que leí algunos de sus libros. Aquella muchacha marinera... ¡*Sotileza*! La musa de Cantabria, la calle altera de finuco andar y finuco vestir.

El nombre de *Sotileza* ejerce cierta atracción en el espíritu y este siente deseos de visitar la tierra donde ella vivió. La observación de Margarita es exacta. No hace mucho que un muchacho valenciano abandonó el hogar paterno y vino á la Montaña atraído por el mágico nombre de *Sotileza*.

—He de leer nuevamente las principales obras de Pereda. Hay en ellas algunas admirables figuras de mujer, que simbolizan la bondad, el amor, el sacrificio, la virtud...

—Agueda, Pilar, Inés, Silida, Lituca...

—También el maestro Pérez Galdós ha dado vida á muchas bellas figuras de mujer.

—Aquella Sor Marcela, predicadora de la paz en las montañas del Maestrazgo; aquella Sor Teodora de Aranzis, raptada de su monasterio de Solsona...

—¿Y *Marianela*, que no tuvo nombre hasta después de muerta?

Poco después, la gran actriz catalana se despidió del maestro de los *Episodios Nacionales*. Al abandonar el jardín, llevó los ojos hacia la casa, que se eleva, como un palacio, sobre el frondaje de los árboles, y paseó su mirada sobre la ventana del despacho donde duermen los trofeos de toda una vida de triunfos y de arte.

En la terraza, D. Benito hacía honores á la artista agitando en el aire su sombrero. Margarita lo miraba, reflejando en los ojos una devota admiración. En voz baja, pronunció unas palabras, que fueron el último homenaje:

—¡Es muy grande! ¡Es muy bueno!

Por la noche, Margarita Xirgu entusiasmaba al público con los realismos de *Zazá*. Tocada con una peluca rubia y finísima, desnudo el moreno busto y envuelta en el rizado traje de dorados y lentejuelas, brillante como el de un torero, la gran artista era la imagen de la coquetería y del amor fácil. Sus encendidos labios parecían una puñalada y sus ojos tenían un extraño fulgor.

En su cuarto del escenario, se cubría gentilmente con una túnica, amplia y flotante como la de una geisha. Descansaba sobre una silla, reflejando la cabeza, llena de rizos, en un espejo.

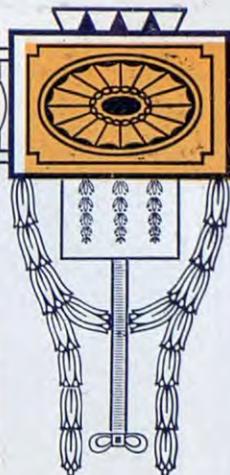
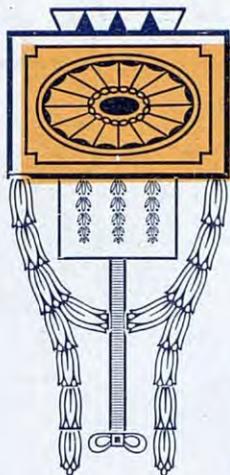
—En el Hotel—exclamó al verme—me han dado varios libros de Pereda y Pérez Galdós. ¡Oh! Ya sé de dónde han venido. Gracias, amigo mío...

A estas horas, el corazón de la gran trágica catalana se habrá conmovido leyendo la vida de orfandad de *Sotileza* y la existencia de luchas y oraciones de la reverenda madre Sor Teodora de Aranzis y Penafort, sobrina del Conde de Miralcamp.

José MONTERO

Santander, Agosto, 1914.

AYER Y HOY LAS VISITAS



HUBO en otras épocas en que la cortesanía era madre del trato social y la discreción tutora del lenguaje, un noble esparcimiento ya perdido y que hoy apenas se comprende: las visitas. Mucho y de mala fe se burlaron de ellas autores antiguos, pero ¿qué no harían si vieran el triste remedo de aquella costumbre?

El mundo no progresa; decae; gana en egoísmo lo que perdió en afabilidad; es un viejo anómalo y regañón á quien molesta todo y por eso no se emperifolla, ni gusta de colorines, ni tiene fe ni se enciende en amores, ni hace cosa alguna que no sea un cálculo ó una protesta y murmura y parlotea, misántropo que en ocasiones necesita del habla frívola para no declararse completamente irracional, sin entregarse nunca á las fervorosas y delicadas intimidades que nuestros antepasados conocían por amistad.

De estos tiempos y de estas mutuas relaciones ha quedado consagrada una frase que ahora nos parece extremadamente ridícula. La de *fulano, es visita de casa*.

Efectivamente, al oír la brota la risa á flor de labio, imaginándose el que la escucha á la familia del *quiero y no puedo*; al cursi papá, con sandalias berberiscas y bata; á la madre adiposa; á la niña que se viste un ranglán creyéndolo de moda; al piano de mesa, que balucea penosamente con sus martillos de trapo viejo musiquillas de actualidad; al pollo *recién presentado*, que hace colmos con gracioso despejo y narra cuentos pardos con donosa desenvoltura; á la vecina del principal, que sube con aires de duquesa para demostrar que está loca con los niños y con las criadas, y á las más modestas y envidiosas vecinas del tercero que llevan crestas de púrpura por lazos y se hallan asimismo en estado de contraer y se besuquean y rebañan con la joven heroína de la tertulia.

No, esas no son visitas; ni lo eran tampoco aquellas que en estrados bien puestos, daban ocasión á justas de palabras y á cambios de mogigaterías envueltas en diálogos afectados y conceptuosos. La visita, esa práctica del espiritualismo fácilmente ha-



de pasar tarjeta, y en los frondosos y bellos jardines durante el estío y en los salones en invierno, entregábanse con exquisita corrección á su delicioso vagar de palabras en agradabilísimas expansiones que tenían todo el placer de un ahelado regocijo. No eran reuniones literarias como las de Madama Stael, sino fiestas íntimas de familia en que se cursaban el buen tono, el ademán pulido y la broma cortés que no es precisamente la chocarrería insidiosa con que en esta época nos dirigimos cobardes injurias bajo la máscara de un aparente buen humor. Allí se fundían y remachaban aquellos amores que no eran cosas de baratillo, sino promesas de uniones fuertes y tranquilas de las que salieron hombres de imaginación y conciencia, duros para el deber y el sacrificio, generosos y nada prácticos, amantes de su hogar y de su patria y que no hubieran cedido el voto en un sufragio, ni perdonado la sombra de un delito en su casa, aunque esta sombra fuera de oro.

De estas plácidas reuniones, salían lo que suelen llamar *bodas de familia*, que no eran las que se conocen por *bodas de conveniencia*, porque como todos venían tratándose por tradición y cada cual sabía el origen y costumbres del otro, el consorcio proyectado por los padres formaba algo así como parte de la educación

primordial, y aunque el amor es veleidoso y no siempre llegaban á cuajar los propósitos, cuando tenían feliz término, llevaban á los altares en bandeja de oro las arras de una felicidad común.

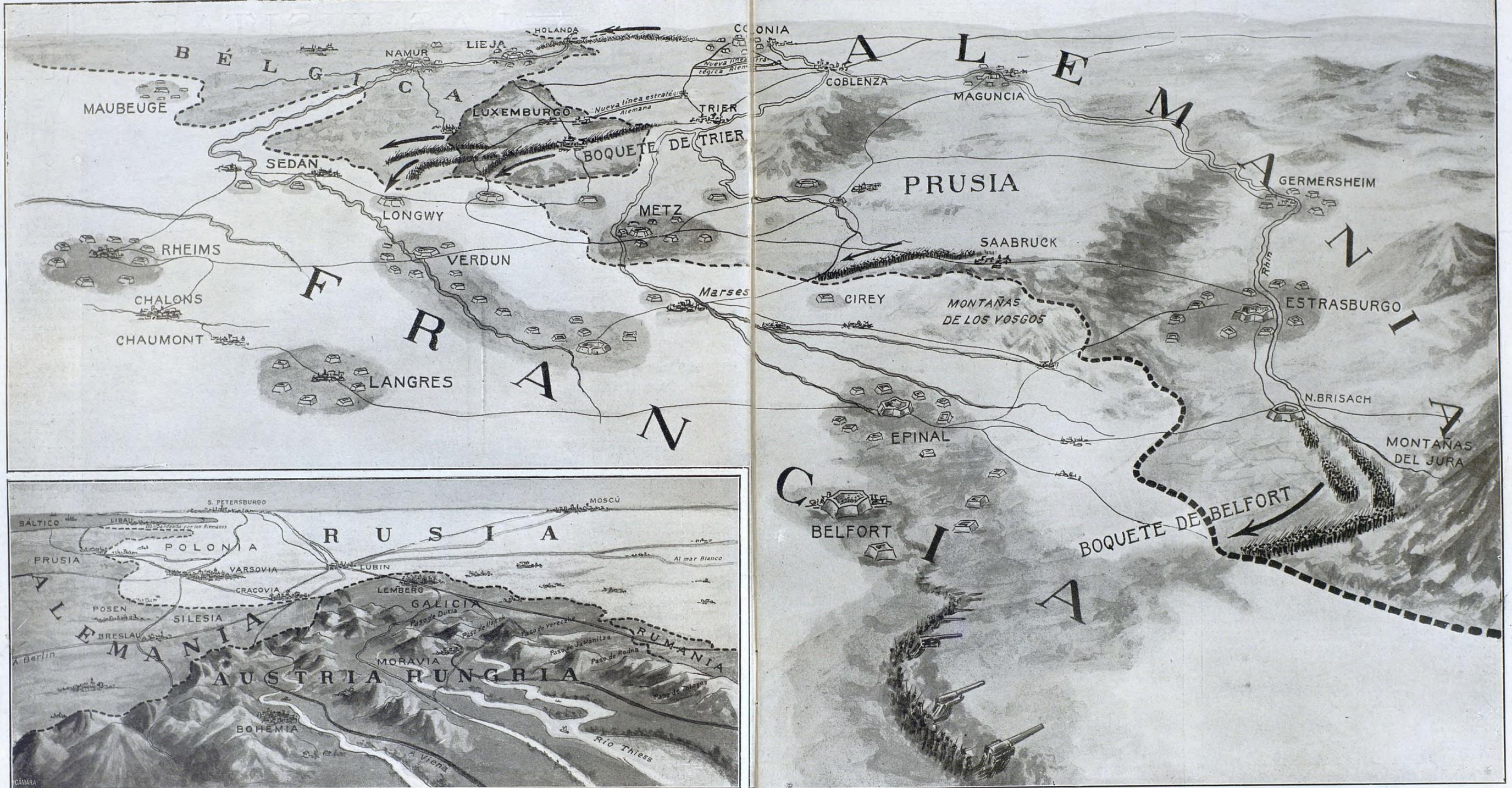
Hoy el amor, no pregunta, no indaga el origen sino la fortuna; la neurastenia busca á la opilación: una mirada, un seguimiento, un ansia de bodorrio, teniendo apenas lo suficiente para echar á la linfa de la sangre entretenimientos de broza, y, á vivir mal, y á ser tronco tan fecundo como podrido de degeneradas especies, y todo, como decía *Figaro*, por casarse pronto y no haber conocido mucho tiempo en visita á la que se elige para mujer.

blado es eminentemente francesa porque consiste en hacer agradable la frivolidad. Aunque de muy rancio linaje, se hizo más corriente pasados los terrores del 93, cuando la gente, muda ante las catástrofes que había presenciado, sintió de pronto la comeción de hablar y el prurito de cambiar impresiones, yendo los unos á casa de los otros para establecer muy deprisa lazos de mutuo afecto. Teresa Cabarrús, Josefina de Beauharnais y la señorita de Permón, fueron durante el Directorio las mayores propagandistas del visiteo.

Las visitas en casas honorables, fueron siempre una credencial de distinción. Las familias se visitaban por recíproca simpatía y por ansia de verse, no por el afán de cumplir ni porque le correspondiera á este ó al otro el turno de molestarse ó de recibir ó

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

DIBUJO DE ANSELMO MIGUEL NIETO



Vista panorámica de las fronteras ruso-alemana y austro-rusa

La línea fortificada a lo largo de la frontera franco-alemana

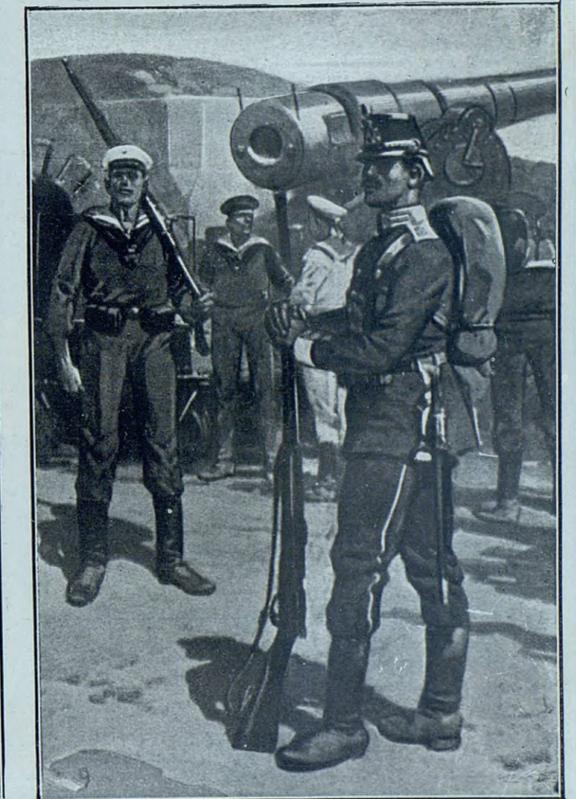
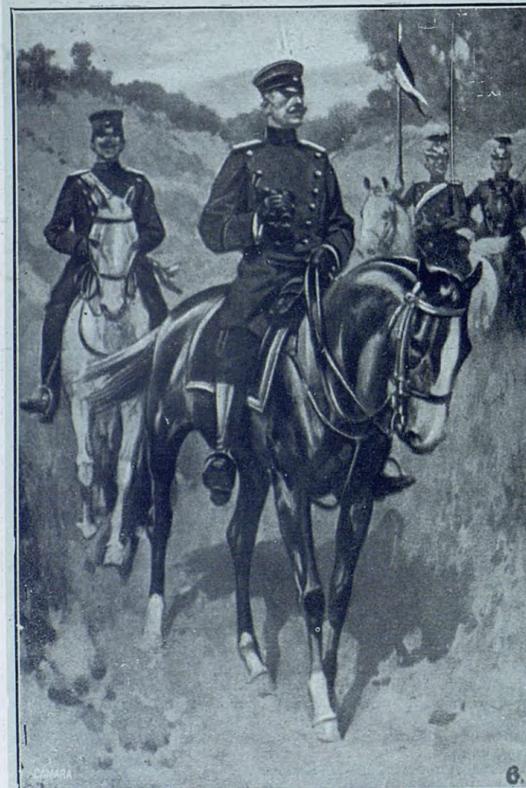
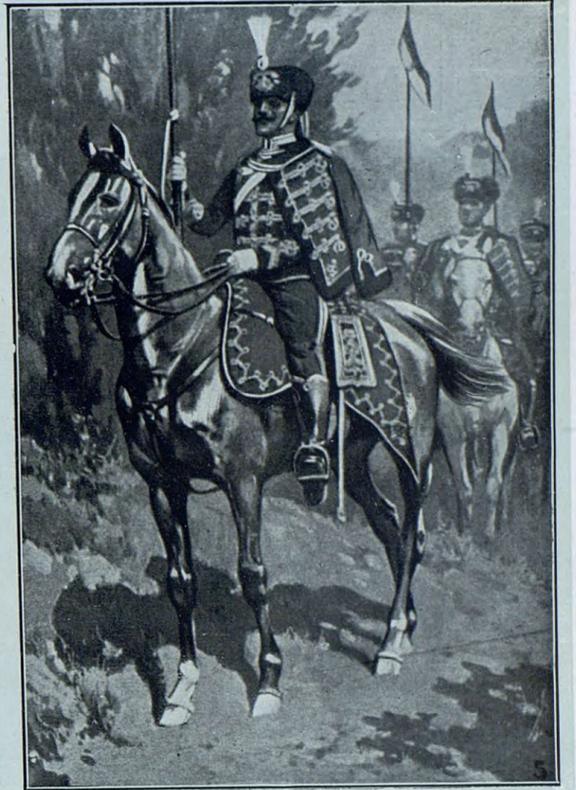
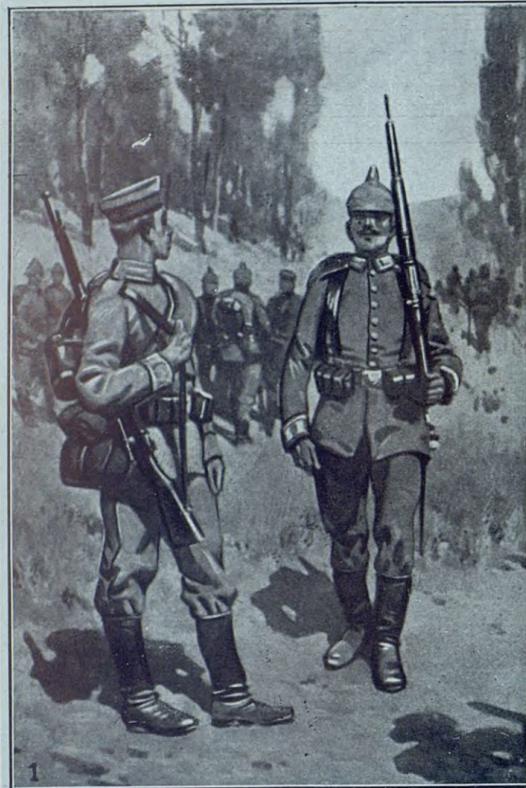
La adjunta vista panorámica de las fronteras austro-rusa y germano-rusa, está tomada con orientación N. E., desde Austria-Hungría. En primer término aparece Bohemia con la principal línea férrea que se extiende desde Cracovia á Viena, en dirección Sur. Un poco á la derecha hállase Moravia y la gran cadena montañosa de los Kárpatos, que no forma, sin embargo, la frontera de Austria-Hungría, debido á encontrarse más allá de la misma el territorio de Galicia, extendiéndose hasta las vastas llanuras del Sur de Rusia. Cruzan la cadena montañosa varios desfiladeros, de los que se indican los

principales. También se detallan los ferrocarriles que atraviesan la frontera entre Lemberg y Lubin, así como las líneas de enlace con los caminos de hierro que conducen á Cracovia, Varsovia y San Petersburgo. A la izquierda se halla la frontera alemana, desde Cracovia al Báltico, cerca de Memel, y al Norte de dicha frontera señálase el puerto de Libau, bombardeado por un crucero alemán, al comienzo de las hostilidades. Los territorios que bordean la frontera son los de Silesia y Posen. La longitud de la misma entre Cracovia y Memel es de 1.206 kilómetros. En el territorio ruso figura la histórica y desgra-

ciada Polonia y su capital Varsovia. Moscú y San Petersburgo son vistas á distancia. No menos completa idea de los lugares en que libran los primeros grandes combates los ejércitos aliados contra Alemania y Austria, da el adjunto dibujo panorámico de las fronteras franco-belga-germánica. La vista está tomada desde el territorio francés, con orientación Norte, y comprende desde el llamado «boquete ó portillo de Belfort» hasta el «boquete de Trier», desarrollándose entre ambos puntos la línea de poderosas fortificaciones fronterizas, levantadas frente á los Vosgos, tras de los cuales surge Saarbruck, memorable

por la batalla reñida en 1870. Las posiciones fuertemente artilladas de Belfort, Epinal, Toul, Langres, Chaumont, Chalons y Réims, forman un círculo de hierro formidable ante la invasión. A distancia se hallan las posiciones fortificadas de Verdun y Longwy. Sedan, otro lugar trágico de la guerra de 1870, aparece á orillas del Mosa, en la estrecha faja de territorio francés, hacia Namur, en Bélgica. En territorio alemán, sobre la frontera, señálase Brisach del Norte, Estrasburgo, Metz y Trier, ó Tréveris, indicándose á distancia Maguncia, Coblenza y Colonia. La longitud de la frontera franco-alemana es de 402 kilómetros.

EL EJÉRCITO ALEMÁN



1. Soldados de Infantería de línea en traje de campaña. 2. Artillería de campaña. 3. Un dirigible militar tipo "Zeppelin". 4. Artillería de sitio. 5. Húsares de la guardia. 6. General en uniforme de diario. 7. Ingenieros zapadores-minadores construyendo un puente de barcas. 8. Cuerpo de transportes militares. 9. Artillería de costa.

LA GUERRA EUROPEA
IMPRESIONES DE LA CAMPAÑA



Soldados belgas enseñando al pueblo, en Bruselas, los primeros trofeos alemanes conquistados en los combates de Lieja
FOT. HUGELMANN

La movilización germana fué rápida, metódica, sincrónica: una máquina de múltiples engranajes funcionando con perfecta regularidad. Tras la movilización, la concentración en las fronteras de las grandes masas de disciplinados combatientes, y de su enorme impedimento; y luego el avance para buscar el contacto con el enemigo y en la lucha cruenta que ya

dió comienzo, la persecución de su fin estratégico, por el brutal empuje de la masa aguerrida en un punto de la extensa línea y por el movimiento envolvente de la larga fila de coaligados ó de alguna de sus fracciones.

Para los técnicos no era un secreto la necesidad que tenía Prusia de atravesar con sus huestes la neutral Bélgica. Francia había amurallado

su frontera con Alsacia y Lorena con la doble barrera de hierro, cuya primera línea se apoya en las cumbres de los Vosgos, y en las zonas fortificadas de Verdun-Toul, Epinal-Belfort. Esa cinta de fortificaciones es dique suficiente para contener el impulso ofensivo de un ejército invasor y dar margen, en ese compás de espera, á que movilización y concentración finalicen con



Reservistas alemanes hechos prisioneros por las tropas inglesas en Portsmouth



Un convóy belga llevando aprovisionamientos á los fuertes de Lieja
FOT. CENTRAL NEWS

orden y método. El único medio de salvar ese escollo era surcar Bélgica y el Luxemburgo, y así fué.

Estimaron los belgas esta invasión como violación de su sagrada independencia y, palmo á palmo, con tenaz bizarría, defendieron el patrio terreno, conteniendo por más tiempo del que quisieran á las falanges germánicas.

El primer obstáculo de los alemanes en su avance fué Lieja, con sus doce fuertes destacados: Liers, á 6.800 metros del centro de la ciudad; Poutise, á 7.600; Barchon, á 8.900; Evegúné, á 9.600; Fléron, á 8.500; Chaudfontaine, á 7.000; Embourg, á 6.900; Boncelles, á 7.500; Flemballe, á 8.100; Hollogne, á 7.800; Loucin, á 7.200, y Lautin, á 7.200, también. En la forma enumerada van de Norte á Este, hasta el de Fléron, desde éste al de Boncelles, siguen hasta el Sur y los dos de Loucin y Lautin están al Oeste. Los intervalos entre fuerte y fuerte, son de unos cuatro kilómetros.

Los fuertes de Lieja reunen excelentes condiciones de resistencia al fuego, de obstáculo al asalto y de acción eficaz sobre el asaltante.

Los cañones de campaña de los dos cuerpos de ejército alemanes no bastaron para acallar el fuego de las certeras baterías belgas, y aquellos soldados bisoños que soñaban con victorias sencillas, hallaron frente á la fabril ciudad la más imprevista de las derrotas.

Su retirada fué, en los primeros asaltos, desordenada y confusa y los belgas reanimados con esta victoria sobre los más afamados soldados de Europa, centuplicaron su arrojo y con su tenaz defensiva sembraron la muerte en las filas germánicas.

Para reanimar á los atribulados habitantes de la ciudad, los trofeos del éxito fueron gala de los vencedores, que en calles y plazuelas exhibían los clásicos cascos prusianos y los marciales kalpás que los derrotados abandonaron en su huida.

Este contratiempo retrasó, con notorio perjuicio, el objetivo alemán, obligándolo á distraer fuerzas para el mantenimiento de las comunicaciones con la base de operaciones: Aix-la-Chape-

lle, y logró, para los franceses, la finalidad encarecida á la primera línea de las fortificaciones del nordeste de movilizar y concentrar ordenadamente las huestes bélicas.

Pero el coloso alemán, si no previó el obtáculo belga, lo venció triplicando su esfuerzo y avanzó, y Lieja fué suya, y las *hormigas negras* llegaron á la frontera Norte de Francia, salvando los obstáculos naturales y guerreros que entorpecían su avance.

Bruselas, ciudad abierta, los recibió sin hostilidad aparente. Rey y Gobierno habían hecho corte de la poligonal Amberes, la vieja plaza flamenca que baña el Escalda y que rodea las murallas con fosos llenos de agua. Su frente Norte está protegido con inundaciones; los fuertes de Santa María, San Felipe y La Perla y su total de ocho en la orilla derecha y cinco en la izquierda, con terreno inundable, protegen asimismo la intrépida ciudadela, hoy de la independencia belga y amenaza perenne del flanco derecho del brioso ejército alemán.

Es Amberes además excelente como atrincherao con los fuertes de Ruppelmonde que defienden el terreno de la orilla izquierda del Escalda, en la confluencia con éste del Rupel, Waelhem, en el camino de Bruselas á Amberes y á unos centenares de metros de Malinas, importantísimo nudo de comunicaciones, el reducto de Duffel, en el Néthe, entre Malinas y Lier, que bate las comunicaciones directas con la plaza, el fuerte de Lier que permite la salida del ejército belga sobre la orilla izquierda del Néthe y los fuertes de Merxenz, Ordenen, Capelleni y Schooten, en la región llana é inundable al Norte de Amberes, guardando las vías de comunicación á más las cabezas de puente del Escalde: Lier y Malinas.

Y mientras Bélgica defiende su independencia quebrantada, los franceses avanzan hacia el Rhin por los vastos territorios que antaño fueron un entrañable pedazo de su patrio suelo.

Cada nueva posición, es un nuevo atrincherao á defender en la sed insaciable de pelea, que ha trocado en hecatombe mundial los apacibles días del caliginoso verano.

En vano aunan sus iniciativas los aliados,

procurando encauzarlas en un solo alveolo: el del triunfo; pese á sus propósitos, el fantasma germánico pesa un día sobre sus decisiones y á la acción prusiana cumple trazar el plan de sus enemigos, pues según sean sus planes así dispondrán aquéllos de sus fuerzas. No es enemigo lero para desdeñar sus concepciones estratégicas y para echar en saco roto su pericia táctica.

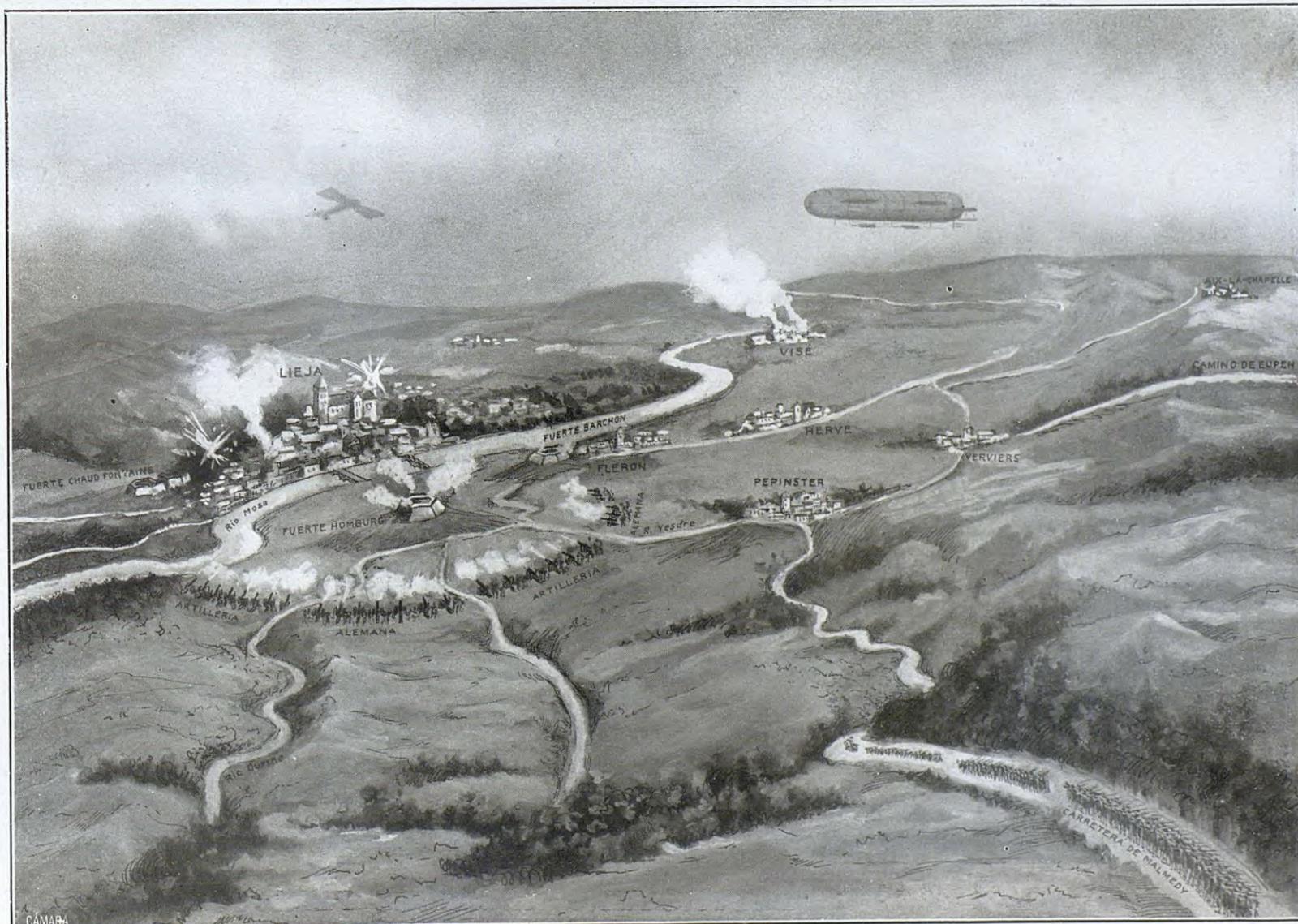
Quiéranlo ó no los aliados, á pesar de sus escauceos atrevidos, tienen que resignarse por ahora á una defensiva enérgica, fuerte, vibrante, que evite la debilitación de su extenso frente en el centro ó en el de la izquierda, la menos reforzada, por razón del terreno y que impida á las *hormigas negras* cerrar el círculo de hierro que aprisione á cientos de millares de hombres y deje llegar á los temidos hulanos sobre las murallas mortíferas de las fortificaciones de París.

El choque sangriento, brutal, enorme, culminará en la historia la hecatombe de las grandes batallas y pondrá colofón, por muchos años, á la lucha cruenta de los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización. Avizora Inglaterra en el mar, protegiendo su comercio é impidiendo el germánico, y allá en la populosa Londres sus soldados detienen á los alemanes que la movilización llamó á filas y que se hallaban domiciliados en la británica capital.

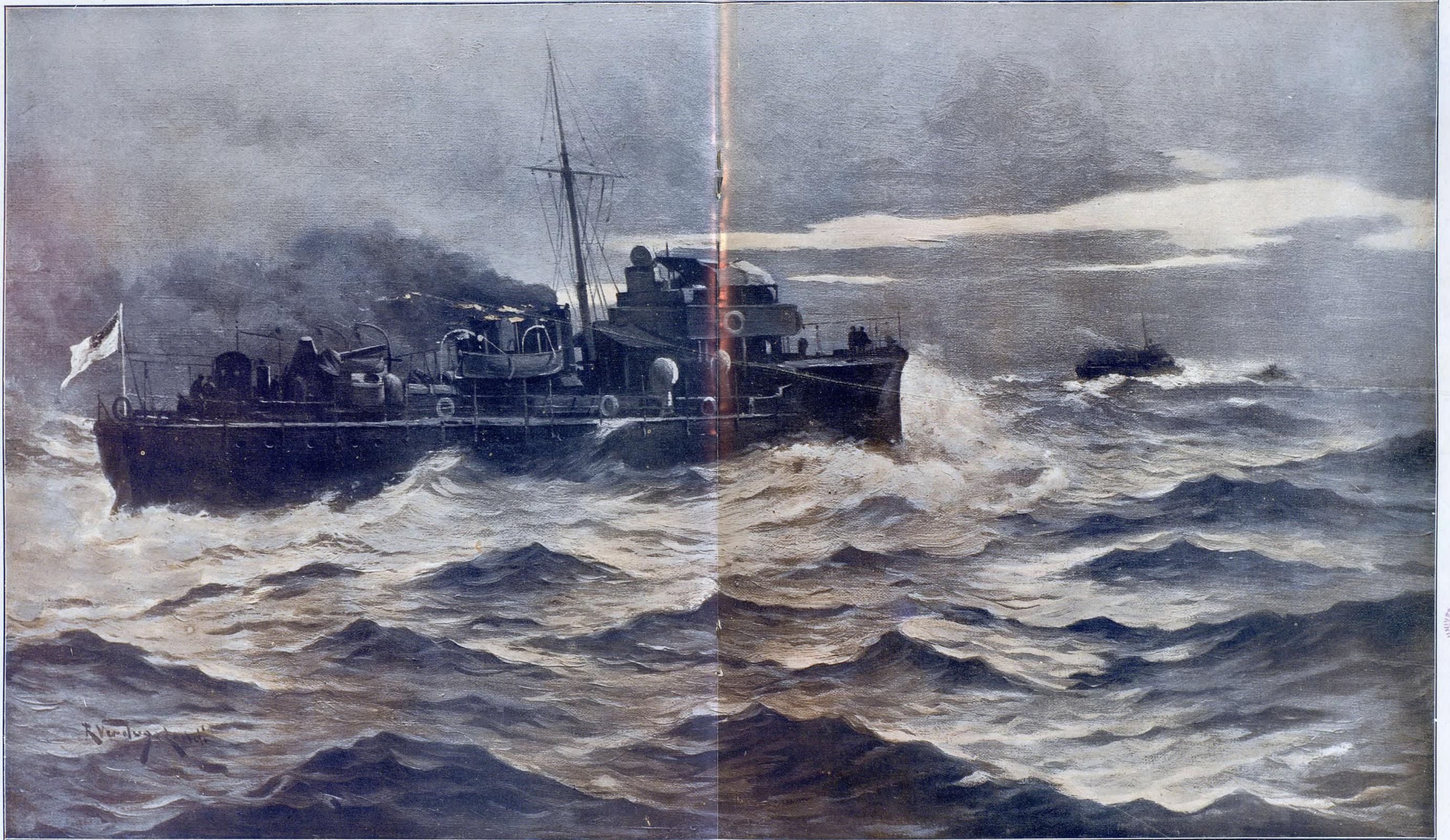
Rusia avanza con sus hordas agueridas sobre Alemania y Austria; Servia castiga con bruscos restallidos la ambición austriaca y entre victorias y derrotas, triunfos y fracasos, éxitos y desventuras, aliados y alemanes prosiguen con encarnizamiento sus objetivos opuestos: ¡París! para los germanos, ¡la soñada revancha! para los galos.

Espíritus inquietos, reposad, las piezas siguen moviéndose con destreza en el tablero de la guerra. El triunfo tinto en sangre, lo obtendrá en definitiva, el adversario que mejor domine el juego, con serenidad de inteligencia ó intuición momentánea del arte de la guerra; el valor, la acometividad, la ofuscación, el arrojo, son, sí, acicates del éxito; pero nunca, luminarias de la victoria.

AURELIO MATILLA



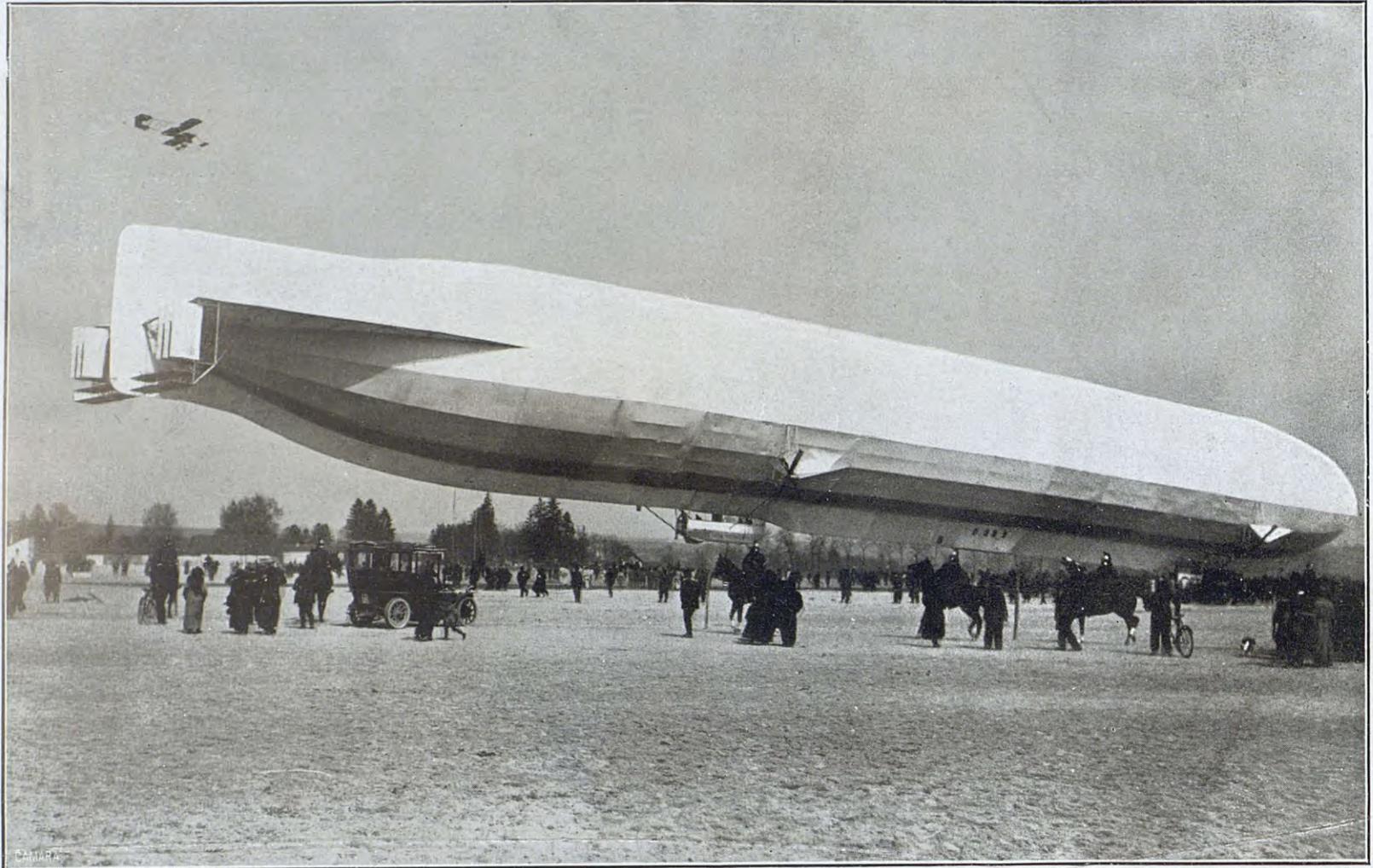
Demostración gráfica del ataque hecho por los alemanes á la plaza de Lieja



"DESTROYERS" INGLESSES PERSIGUIENDO EN EL MAR DEL NORTE A LOS BARCOS DE LA ESCUADRA ALEMANA

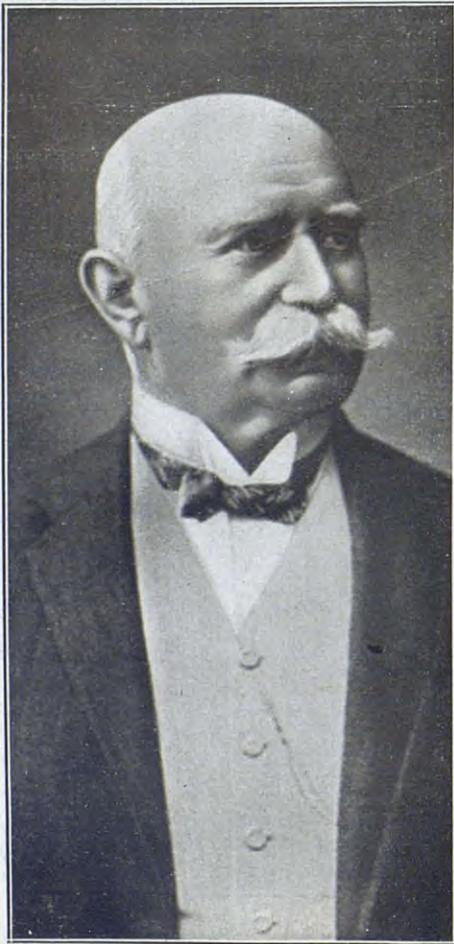
Dibujo de R. Verdugo Landi





Un "Zeppelin" del Ejército alemán haciendo maniobras en el parque aerostático de Berlín

EL CONDE ZEPPELIN



EL CONDE ZEPPELIN
Inventor de los famosos dirigibles alemanes

La incógnita de la intervención en la guerra actual de los aparatos de navegación aérea gira toda ella alrededor de los dirigibles alemanes «Zeppelin».

El inventor de este sistema, hombre popular y adorado en su patria, es casi desconocido entre nosotros. Sin embargo, su historia es por demás interesante.

El conde Fernando de Zeppelin nació en Constanza, cerca de Bodensée, el 8 de Julio de 1838 y su infancia se deslizó en un ambiente de felicidad y de bienestar extraordinarios, pues su padre era persona muy distinguida entre los cortesanos del Príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen. A la edad de quince años ingresó en el ejército, haciendo sus estudios preparatorios en la escuela militar de Ludwigsburg. Su carrera quedó interrumpida por dos veces. La primera para hacer unos estudios especiales en Tübingen, y la segunda, durante dos años, para ocupar en Berlín el cargo de embajador de Württemberg.

En 1863 solicitó permiso para incorporarse al ejército de los Estados Unidos de América del Norte, durante la guerra. Terminada ésta regresó á Alemania, participando con el ejército de su patria en la guerra de 1866 contra Austria, en la que obtuvo varias recompensas.

En la guerra franco-prusiana, del 70 al 71, también tomó parte activa Zeppelin, distinguiéndose tanto que se dice haber sido éste el momento inicial de su popularidad.

Según propia manifestación del ilustre Conde, su concepción de dirigibles tomó origen en esa campaña, y á los pocos años de concertarse la paz empezó á pensar seriamente en tan ardua empresa. Con el grado de general, en 1891 abandonó el ejército á los cincuenta y cuatro años, decidido á entregarse de lleno á los estudios de dirigibles. A partir de esa fecha el famoso inventor alemán comenzó á sufrir una amarga serie de disgustos y de desengaños. Despreciado por los técnicos quiso apoyarse en su popularidad per-

sonal, y con grandísimo trabajo y casi solo, pudo conseguir que se iniciaran suscripciones públicas en Alemania, cuando ya su proyecto de dirigible tenía visos de ser viable. A esa gran dificultad, para reunir dinero hay que atribuir la tardanza con que vió la luz el primer «Zeppelin», en 1900. Llegado ese momento terminó el viacrucis y el dinero afluyó de todas partes, empezando por el Estado que tan reacio se mostrara en los primeros tiempos.

Conocidas son, por lo sensacionales, las sucesivas catástrofes en que han ido cayendo monstruos aéreos del tipo «Zeppelin»; sin embargo, el imperio y la nación entera han hecho cuestión de honor la construcción de «zeppelines» y todos cuantos parecieron han vuelto á ser reconstruidos, y hoy, el Conde Zeppelin, goza del favor imperial con mayor amplitud que su padre disfrutaba la protección y favoritismo del Príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen.

Técnicamente considerado el dirigible «Zeppelin», construído exclusivamente con la vista puesta hacia la frontera francesa, ha de demostrar en la guerra actual su utilidad ó su fracaso.

Dudamos mucho de su eficacia como máquina guerrera de acción agresiva. En cambio nos parece que su utilidad quedaría plenamente justificada si Alemania consiguiera con sus «zeppelines» tener amedrentados á sus adversarios, como parecen estarlo numerosos correspondientes y escritores, que, en los pocos días que van transcurridos desde que comenzó la terrible pendencia, ven «zeppelines» por todas partes y aun nos hablan del *secreto de los «zeppelines»*, especie de secreto á voces, pues la Humanidad es demasiado indiscreta en todas las tierras habitadas por hombres para que á estas alturas pueda guardarse secreto alguno. Sobre todo están tan bien pagado el oficio de espía...

R. RUIZ FERRY

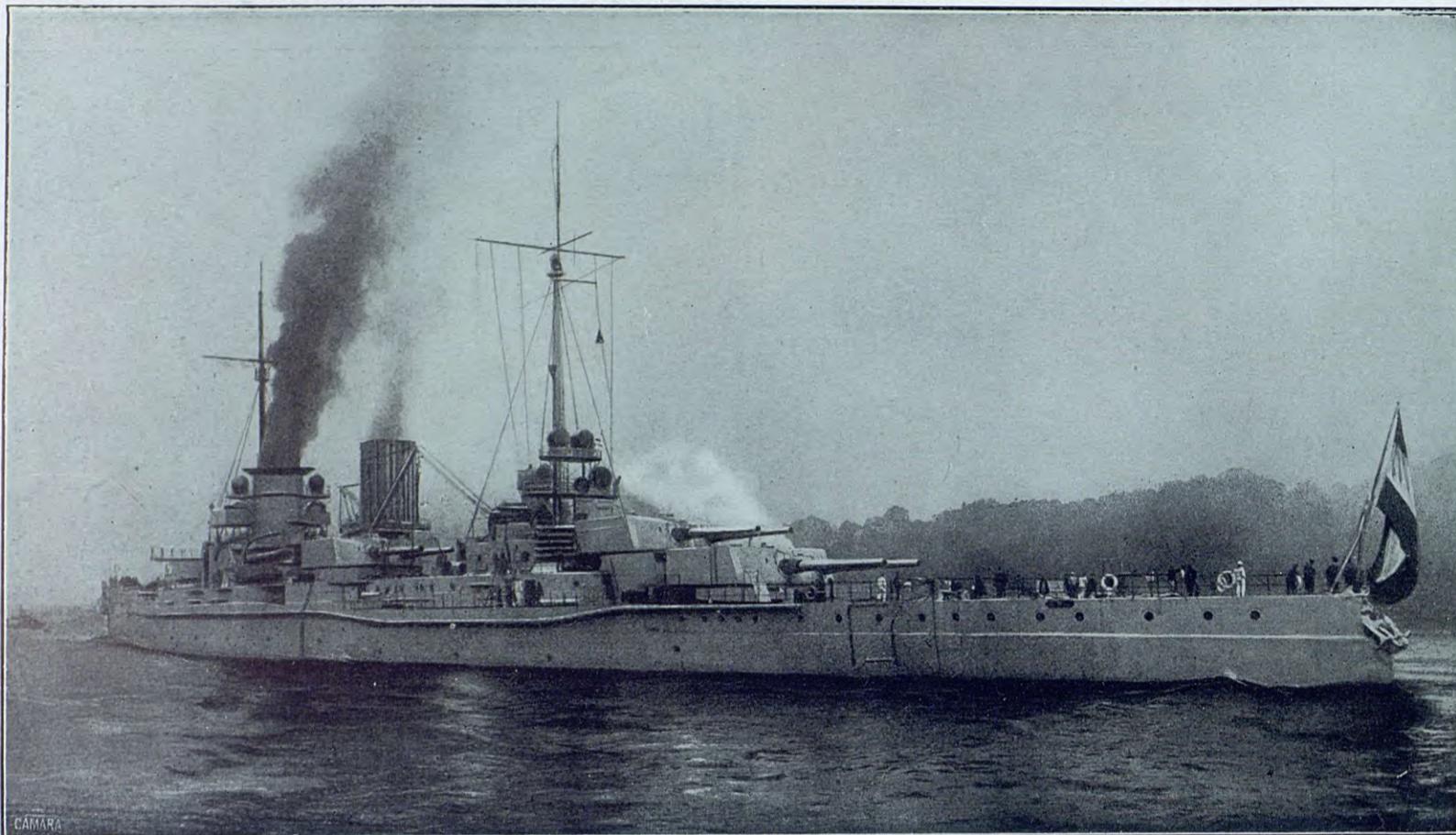
LOS PRÍNCIPES REALES DE ALEMANIA



CÁMARA

ORIGINAL RETRATO DEL KRONPRINZ, OBTENIDO RECIENTEMENTE EN UNO DE LOS JARDINES REALES DE BERLIN

LA MARINA DE GUERRA ALEMANA



El acorazado alemán "Goeben", que habiéndose refugiado en los Dardanelos al estallar la guerra, ha pasado á poder de Turquía, cuya escuadra habrá de reforzar

NADA puede dar mejor idea del inmenso horror de la guerra en el mar que la adjunta fotografía, en la que figura la total dotación (970 hombres) de un crucero alemán *dreadnought*. Estremece pensar, en efecto, que toda esa muchedumbre de seres humanos puede ser —y quien sabe si lo fué ya!— arrojada instantá-

neamente al abismo por un torpedo ó una mina, en sangriento y bárbaro holocausto.

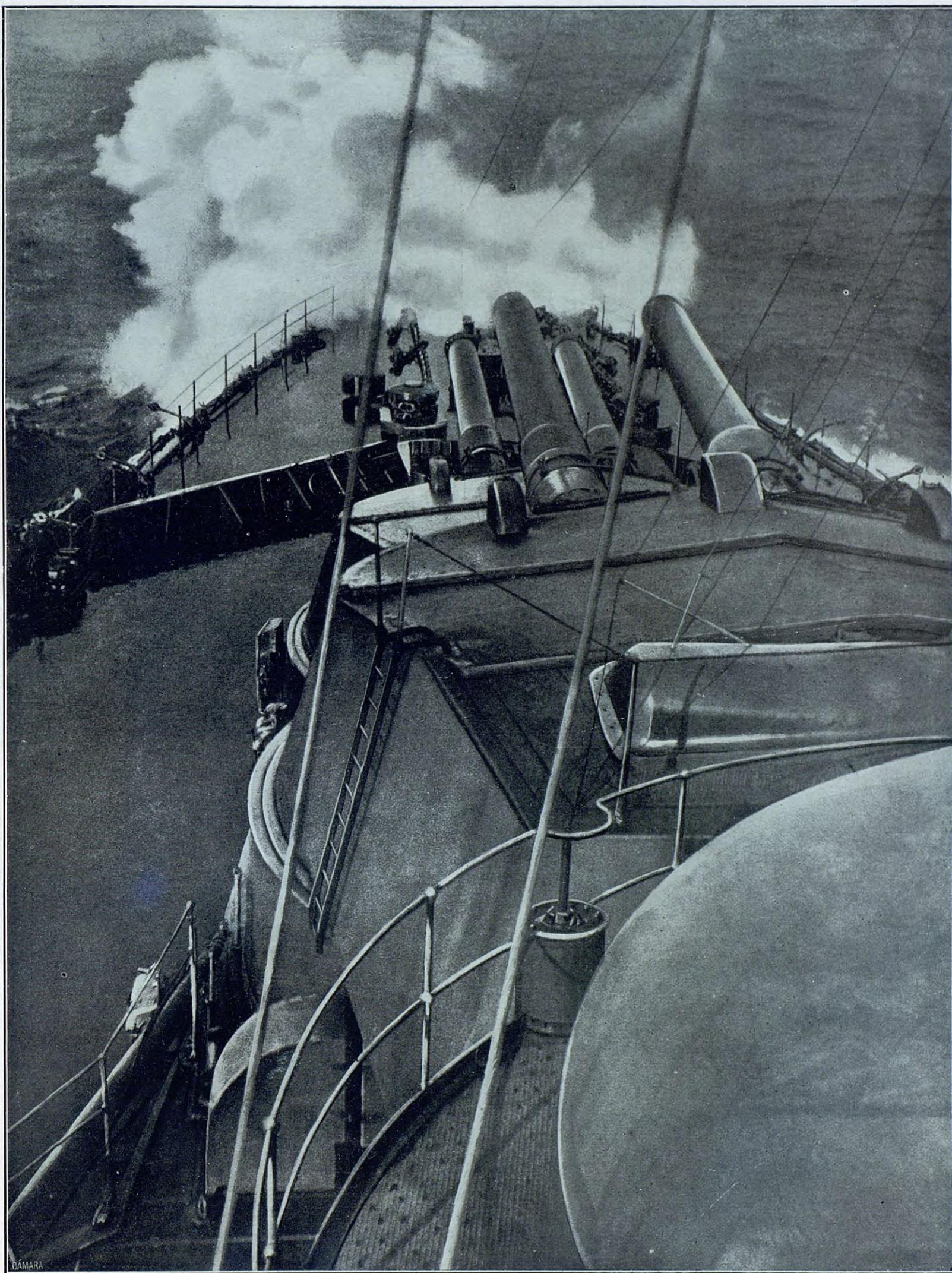
El aumento de los efectivos de la flota germánica viene siendo constante preocupación del Gobierno del Kaiser. Desde 1898 á 1912 el personal de oficiales y marinería, hubo de acrecer desde 25.000 á 66.000 hombres. El actual programa

naval, que debía realizarse en 1920—fecha en la que según los cálculos debía estallar el duelo gigante entre Inglaterra y Alemania—preveía un total contingente de 101.500 individuos, amenazadora fuerza sobre la que Winston Churchill llamaba la atención de la Cámara de los Comunes, al discutirse recientemente los presupuestos.



Dotación completa de un crucero acorazado alemán con arreglo al último programa naval (970 hombres). La fotografía está tomada á bordo del "Moltke,"

UN "DREADNOUGHT" EN LA GUERRA



EL DISPARO DE LOS CUATRO CAÑONES DE 30 CENTÍMETROS EMPLAZADOS EN LAS TORRES DE CAZA DE UN "DREADNOUGHT" INGLÉS, OBSERVADO DESDE EL PUENTE

LA PINTURA Y LA ESCULTURA
LOS FUTURISTAS ITALIANOS



Dinamismo del "Baile Tabarin", de París, por Severini



Síntesis de los movimientos de una mujer, por Russolo

*Je hais le mouvement
qui deplace la ligne.*
BAUDELAIRE.

SOBRE el Janículo, en *San Prieto in Montorio* y entre los dos laureles floridos que de antiguo se consideran elementos decorativos indispensables al edificio, ábrese la pequeña cancela de hierro forjado, ingreso de la Real Academia Española. En el fondo, mediado el patio, espelnde esa envidiable joya del *Quattrocento* que se llama «Templete de Bramante». Fuera, el divino sol de Roma pone sus cadmios en el encanto vespéral, iluminando con resplandores de incendio la urbe gloriosa yacente bajo la sagrada colina.

El director de la Academia, el pintor Chicharro, mi acompañante hasta aquellos umbrales inolvidables, me despide con una frase — síntesis de su discurso precedente: — Los pintores españoles — dice — en su profundo amor y respeto por el arte, no se han dejado seducir por los atractivos peligrosos del tecnicismo, de ese tecnicismo pesado y *arrivista* que tantas tempestades desencadenó en los cenáculos de Europa.

Chicharro tiene razón: esos artistas españoles que admiramos en Venecia, en París, en Londres, triunfan y triunfarán sin caer en el *divisionismo* y el *puntillismo*. Vencieron por virtud de su arte, no por el sortilegio de rebuscamientos enfermizos

y áridos. Una sola excepción hay á esta regla: Picazo, que sin embargo no ha hecho prosélitos en su país porque su credo artístico se antojó allí obscuro como el lenguaje misterioso de los telegramas cancillerescos.

Pablo Picazo quiso llevar á la exacerbación el movimiento *impresionista* que patrocinaba Cézanne. Y consiguió su designio. Desde entonces, lo vemos eternamente preocupado en la identificación de los valores prácticos, en la mensuración científica, pronta á descomponer las cosas en

sus aspectos diferentes. Picazo hace la anatomía del objeto, luego de haberlo fijado, después de arrancarlo á la acción, al movimiento. Los pintores y los escritores futuristas italianos, cuya presentación voy á hacer á los lectores de LA ESFERA, reprochan en efecto á Picazo haber cristalizado, detenido la vida en el objeto, haber matado la emoción. Ellos habrían matado esa emoción de la misma manera que el físico da muerte á la luz, descomponiéndola en sus elementos espectrales. La disección del objeto, el desarrollo

anatómico de los planos que lo constituyen, afecta al conocimiento, no al arte. El extremo análisis del volumen ha arrastrado á Picazo á una compleja labor de representación de los cuerpos y por ende al *cubismo*. «Semejante movimiento — dicese en la *Closerie des lilas*, de París, — infirió golpe mortal á la tradición pictórica, y ello regocija á los futuristas italianos; pero también ha engendrado una especie de academia del *cubismo*, lo que ciertamente no perdonan los futuristas italianos».

Si en Pablo Picazo era evidente la tendencia á la abstracción y al análisis, tan peculiar en los españoles, en los cubistas se revela el gusto académico francés, característico en sus sistemáticos desarrollos. Hay en los cubistas algo así como la investigación de una ley única que permita aumentar la superficie plástica, realizable, de un objeto. Pero esto no basta para crear una fi-



Funerales de un anarquista, por Carrá



Cabeza, luz y casa, escultura de Boccioni

gura viviente ni un cuadro. Todos los cubistas utilizan, en mayor ó menor grado, los elementos de Picasso, suponiendo erróneamente que podrán construir un sujeto vivo con pedazos anatómicos y negando las conquistas de los impresionistas: el ambiente y el movimiento.

De este modo razonan los futuristas cuando hablan de Picasso, sin que se pueda decir en verdad que discurren mal. Continuemos, pues, por un momento, en su compañía.

□□□

El movimiento futurista, que desde hace algunos años ha encendido las discusiones más empeñadas, se inició y prosigue en Italia. Y he ahí á Marinetti, á Boccioni, á Carra y algunos otros soldados de vanguardia, transportando el tumulto de sus predicaciones hoy á la orilla del Sena, mañana á las del Spré ó del Neva; luego, llevando sus declamaciones revolucionarias al *Poetry Bookshop* de Londres ó á la *Pena errante* de San Petersburgo; moviéndose como energúmenos en Rotterdam, Budapest, Bruselas, Viena... Pero el movimiento ha seguido siendo exclusivamente italiano. Por lo menos, ha encontrado preferentemente un grupo de adeptos en Italia merced á esa modalidad espiritual, de compuesta independencia, de tolerancia, de indiferencia olímpica que hubimos de heredar directamente de la alegre serenidad pagana de nuestros mayores.

Todo lo que el futurismo tiene de revolucionario hállase en el campo del arte; fuera de ese límite, el futurismo glorifica la guerra, el militarismo, el patriotismo. Cuando se encendió la guerra de Tripolitania hallé á Marinetti en las arenas líbicas. Galopaba locamente por aquellas tierras hostiles. Pensaba gozoso que era partícipe en la reconquista del Africa latina. Hace dos meses, en esa extraña catacumba de literatos que se llama la *Pena errante* de San Petersburgo, como alguien sostuviera que los italianos son, en muchas manifestaciones, superiores á los otros pueblos, pero inferiores en lo de empuñar el codo, Marinetti, retador, magnífico, vació tranquilamen-

te una tras de otra cuatro botellas de *champagne*. Tanto patriotismo—se dirá—no es perfectamente futurista. Dejemos decir. Tengo un sagrado temor de penetrar en la intrincada selva de las objeciones, de los argumentos futuristas. Deténgome prudentemente y expongo hechos.

Apareció Marinetti hace unos quince años, en Milán, *via Pontaccio*. Fué en la redacción de *La Anthologie: Revue de pays latins*, fundada por Edward Sansot Orland. Marinetti volvía de Egipto. Desde allí había enviado sonetos de excelente factura; yo regresaba de Bergen, desde donde remitía artículos rupestres y rudos como las ingentes rocas de los *fiordos*. Tal fué nuestro encuentro al nacer á la vida literaria. Apenas contábamos veinte años. Y empezamos á trabajar en aquella redacción franco-italiana que hubo de poner en nosotros el agua lustral.

Colaboraban en la revista *Anthologie*, Paul Fort, Tailhade, Gustave Kham, Verhaeren, Remy de Gourmont, Mallarmé, Rachilde, André Gide, D'Annunzio, E. A. Butti, Pastonchi, Francesco Gaeta, Lucini y otros vivos ingenios.

Era el tiempo en que se reñían las batallas por el verso libre y por un *Renacimiento* latino. Marinetti empezó á *faire la navette* entre Francia é Italia. Se convirtió en el *missus dominicus* del verso libre. Por entonces publicaba su óptimo poema *La conquete des étoiles* (1902). En él se revelaba un espíritu oriental fortificado en Occidente: era un puro italiano nacido en Egipto y educado en París. ¡Qué jovencuelo de aquel tiempo no soñaba en ascender raudo hasta el *perchoir* de *Stéphane* Mallarmé ó no suspiraba por una cita con Sar Peladan el de la hermosa barba de sacerdote asirio! Marinetti poseía circunstancias *ad hoc* para determinar un movimiento y para caldearlo; tenía millones de ideas y millones de francos. Por último, un día (20 de Febrero de 1909) en la primera página del *Figaro* y en el puesto de *honor*, apareció el primer manifiesto futurista. En él no se combatía solamente por libertar al verso de las cadenas de la métrica, sino para extender todo un caótico programa de vida, incitando al amor del peligro, al hábito de la energía y del atrevimiento, á la belleza de la velocidad, á la glorificación de la guerra, etcétera, etc.

□□□

¿A dónde ha llegado el futurismo preconizado por Marinetti? He aquí afirmaciones que dicen el punto de término de esas ideas en pintura y escultura, dejando aparte la literatura, la música, las mil ramificaciones en que se ha dividido. No se alarme el lector ante estas afirmaciones excepcionales. Por otra parte ¿no son claras, no son evidentes? Yo mismo, que no soy un cretino, he tenido que hacérmelas explicar más de una vez... Léase lo que á ese propósito me ha expuesto el pintor escultor futurista Boccioni y que trataré de sintetizar en beneficio del lector.

En la utilización de los elementos fundamentales de la estructura de los cuerpos, los futuristas no niegan, como los cubistas, la atmósfera, el movimiento. Pretenden ellos haber creado el



Formas de la continuidad en el espacio, por Boccioni

dinamismo, esto es, la solidificación de las impresiones sin aislar el objeto del elemento que lo circunda y lo nutre. Su evolución mental no les permite ya ver un objeto fuera de ambiente, y de ahí que se esfuerzan en no dar la impresión de la pintura tradicional que, según ellos, hace simples enumeraciones de objetos incrustados en un fondo. Conciben el objeto como un núcleo (construcción centrípeta) del que parten las fuerzas (líneas-formas) que lo definen en el ambiente (construcción centrífuga) y determinan el carácter esencial del mismo. ¿Está claro?

Sobre todo esto, el espectador, al contemplar un cuadro futurista, debe considerarse como colocado en el centro de la pintura. ¿No te ha ocurrido, lector, detenerte algunos minutos en el centro de la Puerta del Sol, durante una noche lluviosa? El pavimento de asfalto de la plaza, rutila bajo la luz de los arcos voltaicos y parece que se abisma hacia el centro de la tierra. Entre tanto los transeúntes cruzan presurosos en torno tuyo. Pasan veloces los automóviles, los carruajes, los tranvías y si te fijas bien, verás reflejarse y superponerse todo ese mundo en movimiento en el húmedo asfalto y en los cristales de los vehículos. Es un caos de forma indefinida y fugitiva, de luces rápidas, de colores violentos. Es una confusión kaleidoscópica que produce vértigo. Es, en suma, un cuadro futurista del que

tú formas parte y que te envuelve como un manto. En resumen: según los futuristas, se deben ver los objetos tan sólo en las condiciones dinámicas de la velocidad. Los trenes, los automóviles, los aeroplanos acabaron con la *concepción contemplativa* del paisaje, y nos invitan á ver los efectos naturales bajo el único aspecto de la velocidad. Un vehículo andando que de pronto se detenga representa, pues, un hecho anormal.

Y con los futuristas están de acuerdo hasta los *chauffeurs*. Porque, en efecto, cuando el automóvil se detiene en medio de la carretera por efecto de *une panne*, aquel paisaje, por hermoso que sea, será siempre un feísimo panorama.



Las despedidas (estados del alma), por Boccioni

FEDERICO GIOLLI



LA MODA FEMENINA

El pronto regreso del verano, hecho inesperadamente, adelanta las horas amables de la conversación vespertina en los elegantes sitios que nos son habituales.

Lo extraño de la época nos hace pensar en una anticipación de la otoñada, con la melancolía de sus tardes grises, en las que caen las hojas enfermas, arrastradas por el loco torbellino de los vientos como si fueran ilusiones arrebatadas por el huracán implacable de los desengaños.

Igual que en Octubre, lo mismo que en los días del invierno, nos reunimos á cambiar impresiones y comentarios, satisfaciendo esta viva necesidad del espíritu. Sobre nuestra charla interesante no rueda la ironía sutil como otras veces, ni subraya la risa los alfilerazos de la intención. De los trenes lujosos descienden las damas señoriles. No bajan entre pieles como en invierno, ni la luna del cupé espejea al girar la portezuela para cerrarse con un golpe recio, recogiendo el último destello del sol que tiñe de opalo y de rosa la dulcedumbre de los horizontes románticos.

Sobre la frivolidad y la alegría que es el distintivo de estas deliciosas reuniones ha puesto un sello de tristeza la amargura de los momentos presentes. Esta dama presenció en París el fingido ardor de las multitudes callejeras vociferadoras y escandalosas y el terrible silencio del dolor, en una explosión de sinceridad íntima, mudo y quieto como una esfinge; aquella otra señora nos refiere sus angustias en Suiza, las fatigas para el regreso, la imposibilidad de cruzar las fronteras cómodamente, sin la amenaza trágica del atropello ó del despojo. Se nos eriza el vello en este paréntesis siniestro.

Recae la conversación sobre el tema obligado de siempre y mi orgullo profesional se esponja y mi vanidad siente las caricias del lisonjeo. Se recuerda aquella crónica mía que criticaba la manía del extranjerismo y que condenaba el llamado en París «trabajo de exportación» infiriendo á nuestro sentido estético y á nuestra ma-

nera de apreciar el arte de vestir una ofensa grave.

Recelosas, al principio, ninguna de las interlocutoras se decide á manifestar francamente su opinión. En el ánimo de todas está la certidumbre de las afirmaciones consignadas en mi escrito, y en lo hondo de sus pensamientos, la unanimidad del acuerdo es absoluta. Pero queda la pícara costumbre, la creencia falsa de que revela buen tono y acredita elegancia el traje de importación, y ninguna se atreve á lanzar la primera piedra contra el establecido perjuicio.

Yo levanto bandera de franca rebeldía. Me replican. Argumento con evidentes demostraciones y con pruebas incontestables; siento debilidad en la oposición, continuo con entusiasmo, y cuando reuno como elemento definitivo de prueba el testimonio de algunas elegantes de otros países, favorables y elogiosos para el trabajo nacional—el de la famosa americana Miss Willy, por ejemplo—, mis bellas amigas, confidentes, declaran paladinamente que la inexplicable tiranía del «qué dirán» les hacía menospreciar con injusticia lo propio, en beneficio evidente de lo ajeno. Llegamos á un acuerdo cordial y me felicito íntimamente.

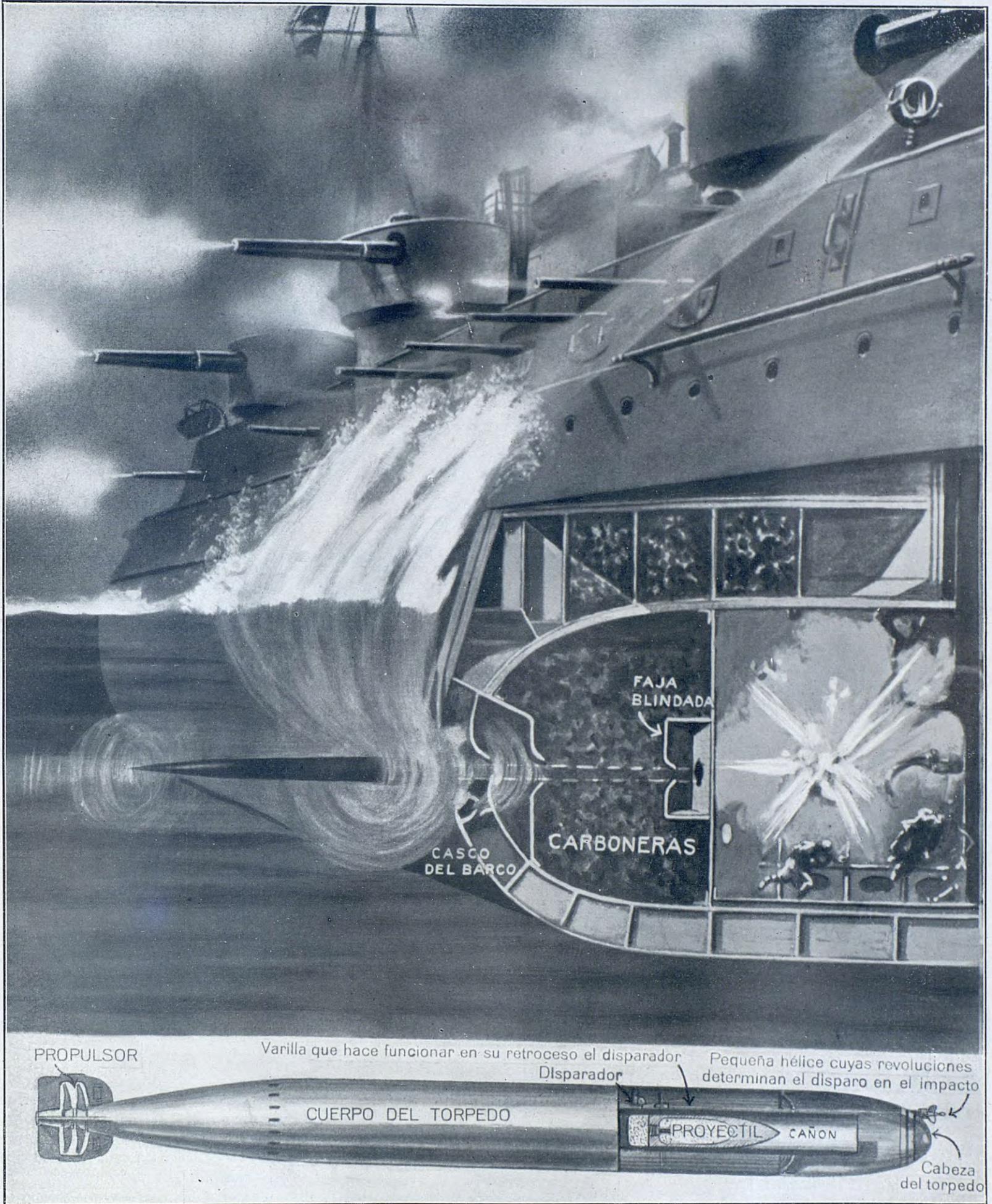
Se generaliza el simpático debate, discutiendo con seriedad impropia del momento, se miden las fuerzas con que contamos para sacudir la tutela extranjera y llega un momento en que el elogio se desborda hablando de las notables casas de confección con que cuenta Madrid, de las creaciones acertadísimas de Barcelona, que han necesitado muchas veces para lograr nuestra sanción favorable el marchamo de una falsa extranjería, del gusto extraordinario demostrado en modelos de trajes y sombreros por importantes casas sevillanas. Se hace una suma de elementos y la confianza renace en nosotras ante la firme convicción de la bondad de nuestros medios.

Y un ambiente de consolador optimismo llena los ámbitos de nuestra salita de parloteo, cuando «se levanta la sesión».

ROSALINDA



LOS PROGRESOS DEL ARTE DE DESTRUIR



EL CAÑÓN SUBMARINO DEL INGENIERO NAVAL NORTEAMERICANO DAVIS, DESTINADO A AUMENTAR LA EFICACIA DESTRUCTORA DE LOS TORPEDOS, HACIENDOLOS INFALIBLES EN EL ATAQUE DE LAS GRANDES UNIDADES DE COMBATE

Las últimas guerras navales han demostrado que el torpedo no posee la fuerza de penetración suficiente para echar á pique al acorazado moderno, á menos que el impacto se verifique en circunstancias excepcionalmente favorables. La mayor parte de la fuerza destructora del torpedo se pierde en la parte exterior del buque atacado. Para remediar esta deficiencia, el comandante Davis, de la marina norteamericana, ha

inventado el «cañón submarino». En esencia, y según puede verse en el grabado, se trata de un torpedo, dentro del cual va dispuesto un proyectil explosivo, que, al verificarse el impacto, se dispara automáticamente y penetra hasta el interior del barco atacado, realizando en los órganos vitales del acorazado su obra de destrucción. Los ensayos, verificados recientemente en Nueva York, han dado resultados, según parece, decisivos.



Oficiales y soldados franceses con los uniformes de gala y de campaña

EL EJÉRCITO FRANCÉS

RECIENTEMENTE celebró Francia un concurso entre sus pintores y artistas para que presentasen modelos de uniformes militares. Fué tal la abundancia de originales que el Jurado no ha concluido todavía de examinarlos. A los profanos en arte militar les parece cosa baladí el que los trajes de los soldados sean más ó menos vistosos, severos, sencillos ó adornados. Sin embargo, los técnicos conceden á esto grandísima importancia y los más famosos capitanes, lo mismo Aníbal que Napoleón, creen que el uniforme ejerce enorme influencia en el espíritu del soldado y contribuye al poderío de un ejército.



Cazadores

formas, no existiría disciplina ni espíritu de cuerpo, que son las dos grandes fuerzas morales de la nación en armas.

Porque el Ejército es el símbolo vivo de un país y de una raza. Es la afirmación, hecha carne y sangre, pensamiento y voluntad, ideal y acción, de su deseo de vivir, de imponerse y de ser respetado. Es la proclamación tangible de su fe en el porvenir. Y en este símbolo todo ha de hablar al soldado que ha de dar su vida por la Patria y al pueblo que ha de adorarlo y sustentarlo. Sin uniforme, un grupo de fuerzas, por bravo y aguerrido que fuese, carecería de marcialidad. Como el pueblo ve en la bandera el símbolo de la Patria, en cada distintivo de regimientos diferentes de grados dentro de un mismo regimiento, ha de ver ideas, símbolos de ideas que le entusiasman y enardecen.

Un escritor francés ha dicho que en ninguna parte, como en un museo de uniformes militares, puede estudiarse las modificaciones que el carácter de los pueblos va sufriendo á través del tiempo.

En cada época el uniforme militar va refle-

jando el modo de ser de la nación. Napoleón inventa para él un traje único, severo, sencillo, un poco extrafalarlo pero que le hace aumentar de estatura y aparecer más dura la expresión de su rostro y de sus ojos insondables. Su largo abrigo y su amplio sombrero le hacen inconfundible, lo mismo entre las nieves de Rusia que en los cerros de Chamartin. Su silueta negra vaga por los campamentos, se aparece en las avanzadas ante los centinelas, domina las líneas de fuego en los combates. Parece que no hay momento en que todos los soldados no le estén viendo y sintiendo la sugestión de aquel espíritu titán. Empezó á usar este traje después de la campaña de Italia, cuando ya era Napoleón, pero al mismo tiempo que él dejó el uniforme, lleno de entorchados, de los antiguos generales, comenzó á transformar los uniformes de sus soldados y sus oficiales. Jamás el mundo había visto tropas más vistosamente vestidas. Los generales se cubren materialmente de oro. El rojo vivo abunda en las chaquetas y casacas, en los gorros y galones. Los amplios cascos, los altos morriones, parecen engrandecer á aquellos soldados a uerridos. Todos los derroches de color de la paleta brillante y primorosa de Meissonnier no dan idea, sino remota, de lo que era aquel ejército, todo luz, todo color, todo energía, lo mismo cuando salía de sus cuarteles para ir á las lejanas campañas, que cuando volvía de ellas, lleno de las manchas oscuras de la sangre y los fogañazos. Así Francia adoró á su gran ejército.

Vencido Napoleón, los uniformes franceses

parecen entristecerse; amortíguanse sus colores; disminuyen sus galones y oriflamas; amengua el tamaño de sus cascos; trueca los enormes capacetes por el humilde kepi. Ya no es presuntuoso y altanero; parece el uniforme de un ejército que no sueña con aventuras ni con grandes conquistas. Sin embargo, conserva el espíritu de la raza: es distinguido, es elegante, y, sobre todo, influye en los demás ejércitos, que los van imitando.

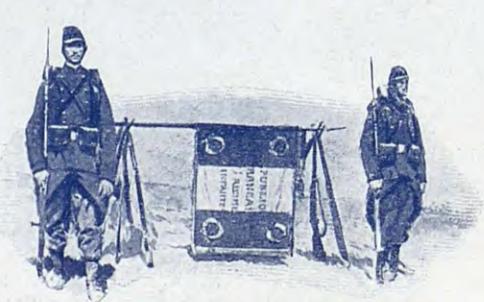
Posteriormente, después de la guerra del 70, Francia comienza á sentir otra vez la necesidad de ir dando á los uniformes de sus soldados, más luz, más color, más brillo.

Los cascos y las corazas pulidas vuelven á refulgir heridas por los rayos del sol; el rojo vivo forma manchas sangrientas en los núcleos de caballería.

Parece que el Ejército revive. A su paso, por las calles de las grandes ciudades, por las carreteras que conducen á los campos atrincheros y de maniobras, en los desfiles y en las revistas los ojos de los ciudadanos se embriagan de luz y de color contemplando á sus queridos soldados, en cuyas manos luchadoras está, hecho armas, el pensamiento de la raza. Son ellos, con sus azules, con sus rojos, con sus galones, con sus bordados, con sus cascos y sus corazas de acero refulgente, quienes reharán la historia logrando la revancha, consolidando la grandeza y el predominio por los que se ha trabajado durante cuarenta años en las escuelas, en los escritorios, en los campos, en las fábricas y en los talleres.—P.



Zouavo

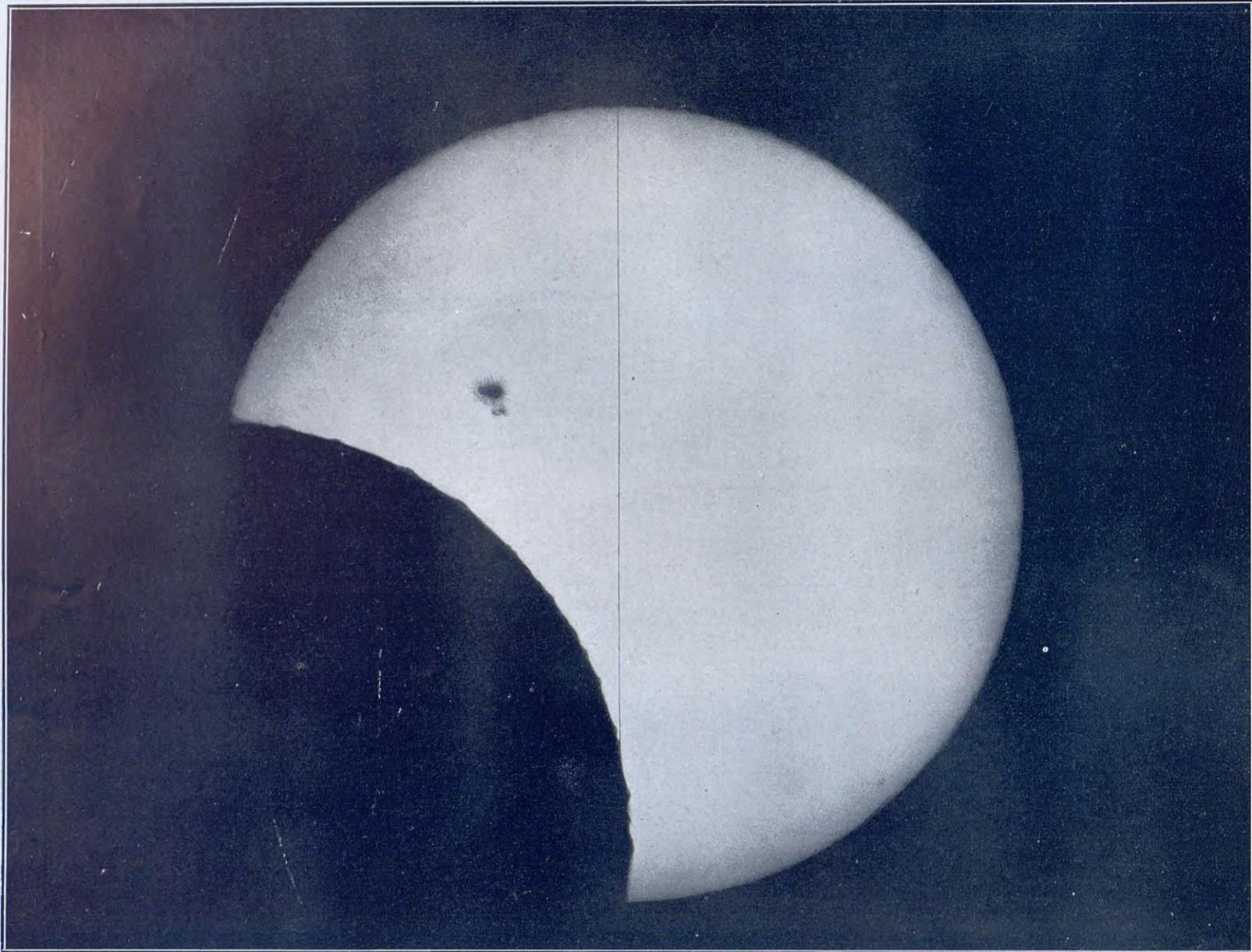


Soldados de Infantería



DIFERENTES UNIFORMES DE LA CABALLERÍA FRANCESA

NOTAS CIENTÍFICAS
EL ÚLTIMO ECLIPSE DE SOL



Fotografía de la máxima fase del eclipse parcial de sol, obtenida por el astrónomo del Observatorio de Madrid, D. Miguel Aguilar

El grabado que encabeza estas líneas no requiere prolijas explicaciones. Se ha obtenido directamente del cliché que en el instante de la máxima fase eclipsada en Madrid, consiguió el astrónomo del Observatorio D. Miguel Aguilar.

El borde dentellado de la Luna, con sus altísimas cordilleras y hondos valles, cuyo desnivel relativo es enorme si se compara con la magnitud total del astro, contrasta con lo finamente recortado de la circunferencia terminal del Sol.

Pero lo que sin duda solicitará con más fuerza la atención del lector, es la hermosa y colosal mancha solar que no lejos de la parte eclipsada aparece.

Aunque en cantidad variable, se forman estas manchas con frecuencia en el Sol; mas precisamente por haber aparecido ésta después de un larguísimo periodo de tranquilidad solar, hubiera excitado por ello solo la curiosidad de los astrónomos, si lo enorme de la superficie del disco manchada, no bastara para ello.

Al presente tenía preocupado á los hombres científicos la ausencia de ellas: antiguamente costó á estos trabajo el hacer creer que existían.

Fué un jesuita de Ingolstadt, Scheiner, quien primero, después de observar una mancha durante su paso aparente por todo el disco del Sol, fué á consultar sus observaciones con el padre

provincial. Tan alta idea se tenía entonces de todo lo que al Sol se refería, tan immaculado se le consideraba, como ápice de la creación, que el bueno del provincial después de oír á Scheiner hubo de replicarle: «Tranquilizáos, hijo mío. Yo he leído muchas veces á Aristóteles y nada dice de que el Sol tenga manchas. Sin duda lo que habéis visto y medido son defectos de los lentes, ó quizá de vuestros ojos: id á descansar...» Y se quedó tan tranquilo el superior.

Pero á poco entró en el palenque científico Galileo, y ya nadie se atrevió á discutir el supuesto, del cual los anteojos permitían la comprobación.

Scheiner creyó que las manchas eran satélites que giraban alrededor del Sol, y en la superficie él proyectaba la sombra del planeta; Galileo creyó ver en ellas nubes solares; Lalande, montañas enormes que en proyección veíamos desde aquí, y que nos mostraban sus profundas gargantas y torrenteras, en las radiaciones de la penumbra ó región menos oscura; y el astrónomo Wilson las tomó por cavidades ó rasgaduras, que, por la parte central ó núcleo, la más oscura, nos permiten ver el núcleo del Sol, siendo los taludes de la sima, la penumbra ó región menos oscura. Al girar el Sol y con él las manchas, se nos presentan éstas en escorzo tan cerca del borde, que la apariencia de cavidad parece muy probable.

Hoy, con el análisis espectroheliográfico, que permite obtener fotografías de las manchas con cada una de las radiaciones luminosas simples de los cuerpos que existen en el Sol, se conoce la distribución de éstos en las manchas, y por las dislocaciones de las rayas espectrales, se ha llegado á la conclusión de que estas manchas son enormes torbellinos donde, con velocidad grandísima, giran los vapores metálicos en vertiginosas espirales, hundiéndose al enfriarse, y proyectándose violentamente hacia arriba una vez vaporizados de nuevo.

¿Qué inmensa tempestad no representará la mancha que en el grabado se destaca, sabiendo que su magnitud es de cuatro y media veces nuestro mundo?

Colocada como todas en la superficie del globo solar, y girando éste, ha pasado por la posición más cercana á la Tierra, cuando se hallaba en el meridiano central del Sol, á la una hora y diez minutos de la madrugada del día en que murió Pío X. No es la primera vez que se notan tales coincidencias. A la muerte de Julio César, escribió Ovidio en su Metamorfosis XV:

*Phœbi tristis imago
Lurida sollicitis probebat lumina terris.*

RIGEL

LOS ULANOS EN EL ATAQUE Á LIEJA



UN ESCUADRÓN DE ULANOS DETENIDO EN SU CARGA POR LAS ALAMBRADAS PUESTAS POR LOS BELGAS ANTE LOS FUERTES DE LIEJA

Las primeras operaciones de las tropas alemanas contra la cintura de fortificaciones de Lieja se efectuaron el 6 de Agosto. Un escuadrón de ulanos cruzó el Mosa por un puente, cerca de Bressoux, y, después de cortar las comunicaciones telegráficas y telefónicas, acometió el tanteo de uno de los pasos existentes entre los fuertes, dando una furiosa carga. Pero fueron detenidos los alemanes por las poderosas alambradas que el general Liman, encargado de la defensa de Lieja, había

hecho tender como primera faja de protección del campo fortificado. Las tropas belgas, aprovechando la detención de aquellas fuerzas exploradoras, redoblaron el fuego, causando en la densa masa de ginetes tremenda carnicería. El lápiz de un gran artista inglés, F. Matania, ha compuesto, con admirable fortuna, ese momento verdaderamente dramático, uno de los primeros de la guerra europea, y en el que las armas germánicas experimentaron un serio contratiempo.

DE LA ACTUAL TRAGEDIA: EL REY DE BÉLGICA

DEBE tener unos cuarenta años. Alto, esbelto, elegante, de ojos azules, de mirada fierna, un poco tímido; los cabellos y la barba rubios, recuerdan por su corte el aspecto fisonómico de su tío-abuelo Leopoldo I.

Hijo menor de S. A. R. *le comte de Flandres*, de «Monsieur», como se decía en el antiguo régimen, no hubiera sido llamado á reinar si el orden de sucesión no hubiese sido trastornado por la muerte repentina de su hermano mayor el simpático Conde Balduino, á consecuencia de un enfriamiento seguido de neumonía, contraído cuidando día y noche á su hermana la Princesa Enriqueta, hoy Duquesa de Vendôme.

Desde que la fatalidad le designó como heredero de Leopoldo II, el Rey le dedicó todos los cuidados que hasta entonces había prodigado á la educación del Príncipe Balduino.

Predicando Leopoldo II con el ejemplo, en favor del servicio militar personal, cuya implantación le costó tantos años de paciente y activa propaganda, y del cual pudo firmar la ley votada en Cortes, casi horas antes de morir, tendió el viejo Rey á que los suyos no desempeñasen en el ejército un papel puramente decorativo. Como había hecho con el otro hermano, hizo con el Príncipe heredero, y Alberto pagó con su persona en varios regimientos, finalmente en uno de granaderos, iniciándose no solamente en los menores detalles de la técnica militar, sino hasta en los más rudos

y bajos menesteres del soldado. Así los vecinos de Bruselas le vieron muchas veces, á la vuelta de largas marchas matutinas, á la cabeza de sus hombres, cubierta de sudor la frente, y con las botas grises por el polvo de los caminos.

Comportándose como un buen camarada, respecto de sus hermanos de armas, y haciéndoles olvidar su alto nacimiento, por sus afables maneras y por su democrático dejar hacer. Por su mano sembró, entonces, el primer grano de una popularidad de buena ley.

Esta popularidad se agrandó y consolidó luego por sucesivos rasgos que le acreditaban como hombre de trabajo mejor que como hombre de diversiones, de espíritu curioso y ansioso por aprender cuanto podía hacerle apto para llevar dignamente la corona cuando fuese llamado al trono. Así, se le vió, un día con la cara tiznada, descender de una locomotora que había conducido por su propia mano, desde Bruselas á Amberes y entonces se supo que siempre había sentido gusto y afición



El Rey Alberto de Bélgica en campaña

FOT. CHUSSEAU FLAVIENS

tes de emprender el regreso, cablegrafió á su tío Leopoldo II la admiración que le inspiraba la gran obra congoleza, y como buen político se calló hasta su vuelta á Bruselas sus impresiones y sus críticas, que comunicó luego al Rey y al Gobierno, y que influyeron grandemente en el programa de reformas coloniales que sometió al Parlamento el ministro Renkin, y llamado no solamente á perfeccionar la administración del Congo y los

medios de desarrollo de la colonia, sino á borrar las suspicacias y las antipatías extranjeras contra una más grande Bélgica.

El sencillo y gracioso cuadro de familia constituido por él, su humanitaria y augusta esposa y sus tres hijos, ha detenido muchas veces las miradas enternecidas de sus súbditos sobre aquel grupo idílico. Cuando subió al trono Alberto I todos los periódicos coincidieron en el vaticinio: será un rey que se hará amar. Y así es.

Si es verdad que los pueblos tienen los reyes que merecen, no cabe duda que Bélgica es un gran pueblo. Antes lo demostraban su industria y su comercio prósperos y ricos en prestigios. Ahora lo demuestra su lealtad que ha llegado hasta el heroísmo de arriesgar su propia independencia; el heroísmo con que han defendido su libertad... Verdaderamente, tal sublimidad no hubiera sido posible á un pueblo, si el ejemplo no viniera de arriba... y el aliento, de al lado...

...

...

...

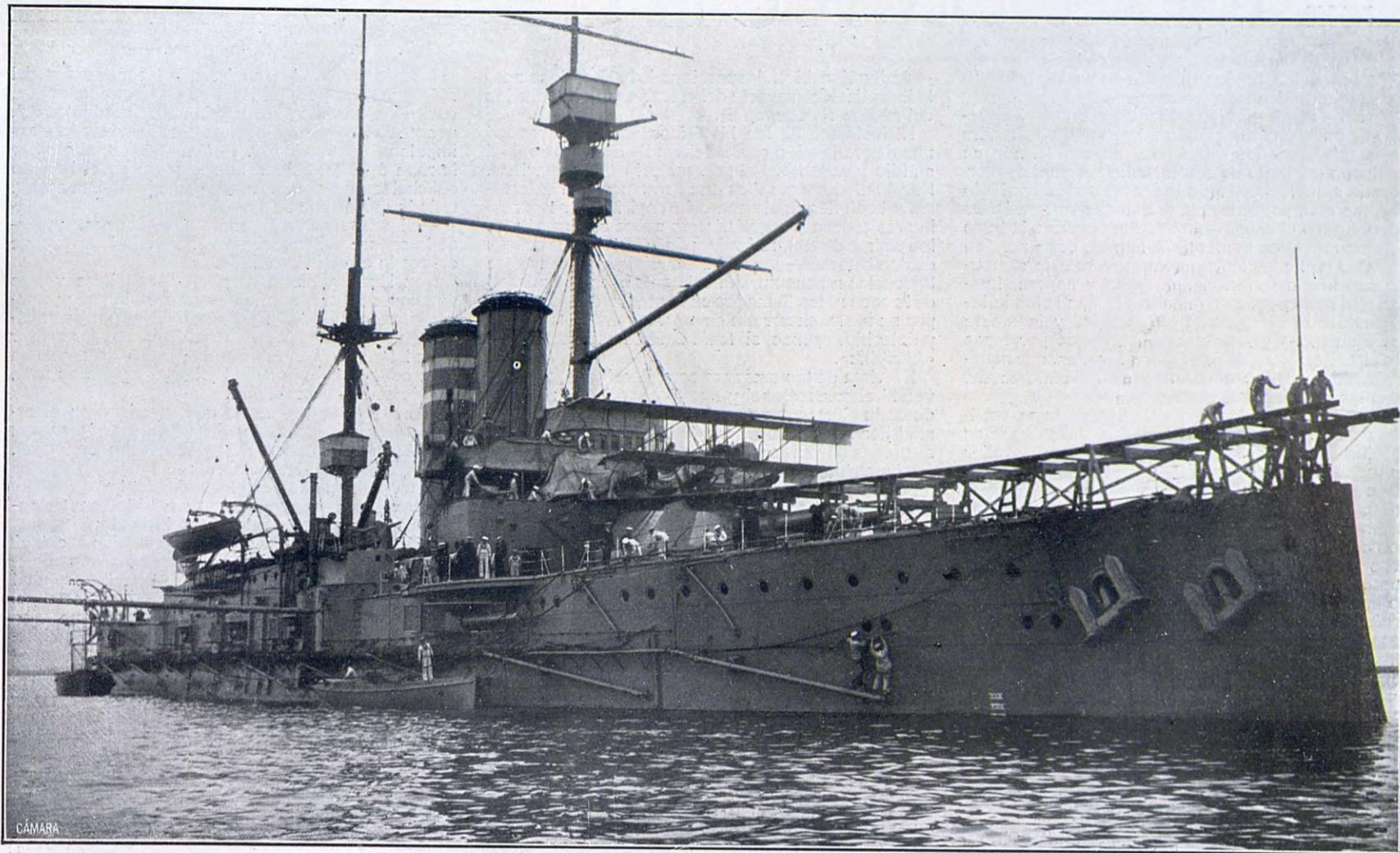
...



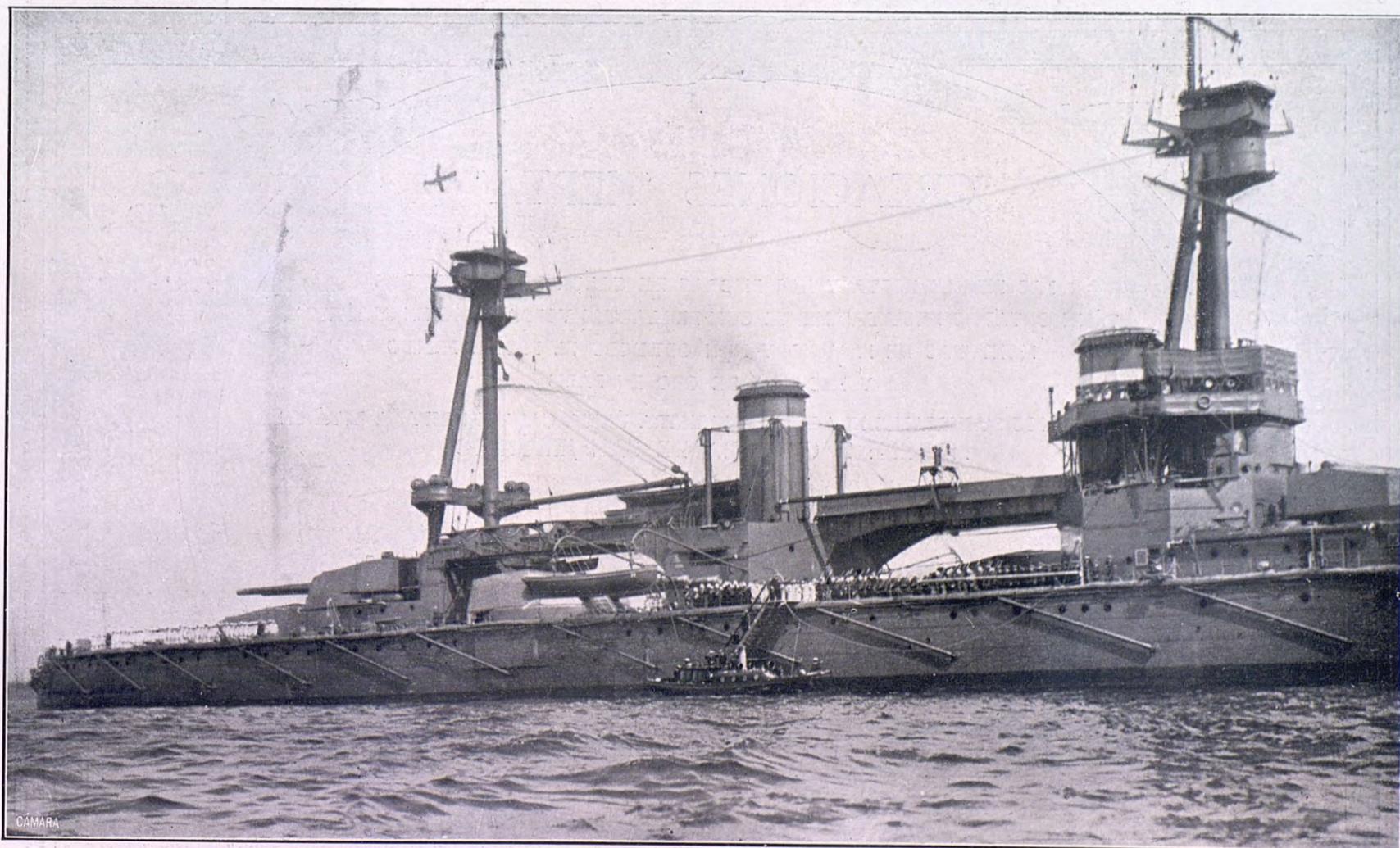
Soldados belgas apostados en una iglesia de Lovaina durante la pelea contra los alemanes invasores

E. GONZÁLEZ FIOL

❖❖ DE LA MARINA INGLESA ❖❖



El acorazado "Hybernia", en cuya cubierta se ve un hidroplano dispuesto para volar



El "dreadnought" inglés "Neptune", una de las más poderosas unidades de la escuadra británica, destacado en aguas del mar del Norte para vigilar á la escuadra alemana

FOTS. HUGELMANN

SILUETAS NACIONALES

EL COVACHUELISTA

El hijo único de don Eusebio es un bigardo espigado, flacucho y moreno que á los diez y ocho años—ya hizo u 10 en Sep: i: mbre—se graduó de bachiller. Se levanta á medio día; su madre pronuncia todas las mañanas el mismo sermón en la alcoba del hijito de sus entrañas; el gandul incorporado en el lecho y mirando el tazón desbordado con sus ojos pequeñuelos y cónicos, va sorbiendo poco á poco el café mientras se le desgarran la boca con los repetidos bostezos. A la hora de comer don Eusebio repite las teorías reformadoras de su mujer con una disertación monótona y áspera, interrumpida de cuando en cuando por una rotunda injerencia; el chico come en silencio, y la madre entre suspiros y jaculatorias truncadas por otros suspiros, empieza á creer, todos los días, que aquella humilde actitud de su hijo es un síntoma del arreptimiento regenerador.

Por las tardes—de tres á seis—juega unas partidas de dominó y al salir del café, para meterse en el billar donde hay «plato» y «treinta y una», desliza en los oídos del camarero estas frases cabalísticas: «Dos con dos», ó bien: «Cinco con dos», términos misteriosos que el camarero, entre mal humorado y absorto, anota en un sobado cuaderno. El bigardo tiene una novia modistilla—unos ojos muy negros y una risa eterna entre los dientes tan blancos...—; todas las tardes, al anochecer, van rodeando hasta la casa de ella y el coloquio termina en el profundo portal cuando la madre de la muchacha pronuncia el nombre de su hija con una voz que baja tronando por la escalera y se esparce luego en el silencio de la barriada...

Don Eusebio, que anda desesperado con las frecuentes hazañas del retoño, tuvo un desplante inesperado y enérgico... Su esposa había buscado inútilmente los pendientes de diamantes que le regalara su prometido en las vísperas, lejanas y felicísimas, de sus nupcias... Sucesivamente habían desaparecido de la cómoda una onza de Carlos III, montada en alfiler; una docena de cucharitas de plata; una pulsera de Éibar y el reloj buen—con tapas de oro

—de don Eusebio... Inspeccionada la librería se notó la inexplicable ausencia del «Manresa» (comentarios del código civil español).

El incidente de los históricos zarcillos provocó una determinación radicalísima: D. Eusebio cogió á su hijo y se lo llevó al reformatorio de Santa Rita. Durante los quince días que permaneció el infortunado bachiller en el sanatorio espiritual, se cernió la más espesa y negra tristeza sobre el corazón de los padres desnaturalizados; doña Nieves—la señora de don Eusebio—padeció unas crisis nerviosas para las cuales no encontraba calmante eficaz el médico de la casa ni los llamados en consulta; don Eusebio, por su parte, encerrado en un laconismo taciturno y dolorido, apenas si tenía ánimos para hojear el «Alcubilla».

En vista de tan amargas complicaciones, el padre volvió al correccional y libertó al recluso, recalando en la Corte para que el ambiente jaranero de los madriles limpiasen del magín del chico las cizañas ideas de venganza y rencor...

El matrimonio contemplaba la actitud del mozallete con tierna espectación. La quincena de Santa Rita parecía haber ahuyentado los perversos instintos. El chico andaba por la casa con una cara tan lacia que daba pena verlo, lanzando el humo del tabaco en unas bocanadas lentas y espaciadas que le daban tono de razón, caviloso y maduro. Horas enteras de la tarde se las pasaba inclinado sobre los libros, y la madre, gozosa «por el cambio», observaba cautelosamente la pensativa figura, dando gracias á Santa Mónica porque había brotado, en el ánimo del descarriado, la noble afición hacia las novelas de folletín.

—¿Qué?...—preguntaba anheloso don Eusebio, al subir del despacho ó al volver de sus quehaceres.
—Como le dejaste, hijo; sin moverse de la silla. Está como avergonzado el pobrecito.

—Más vale que le dé por la literatura—añadía el padre, que llama «género literario» á todo lo que anda impreso y cosido, no siendo materia codificada ni derivaciones jurídicas.

Los padres comienzan á sentir las punzadas del remordimiento; doña Nieves se estremece, aterrada, cuando su marido le cuenta los procedimientos que usan en el correccional para meter en vereda á los impulsos desmandados. Por la mañana, al cepillar la ropa del hijo, coloca una moneda en el bolsillo del chaleco, poniendo en aquella vulgarísima acción toda la dulzura de su amor maternal.

—El pobre las va guardando, se conoce...; piensa la señora al encontrar vacío el bolsillo donde coloca la ofrenda cotidiana.

Don Eusebio tiene su plan; desde hace varios días muestra una sonrisa extraña en la que promete verterse un secreto, pero cuando su mujer, intrigadilla por ciertas frases nebulosas, le quiere «tirar de la lengua», don Eusebio tararea cómicamente un viejo cantar de su juventud y luego ingerta un tema simple en la conversación.

Una noche, mientras su mujer ordena en el armario la ropa blanca, don Eusebio, con la cabeza segada por el embozo del ancho lecho conyugal, dice, saboreando las palabras:

—Nievecitas, ¡Nos emplean al chico!

Nievecitas se vuelve hacia su marido, sosteniendo en las manos una camisa almidonada:

—Pero ¿qué dices?... ¿Que nos emplean al chico?

—Sí, Nievecitas, nos lo emplean... Ese era mi secreto, pero ya no aguanto más... ¡Nos lo emplean! Ahí tengo la carta de don Carlos...; en Hacienda, con cinco mil... Ya tiene resuelto su porvenir...; en esta semana me mandan la credencial, pero cállatelo... ¡Se la pondrás en el bolsillo!...

Poco después, á la hora de todas las noches, el muchacho, que aprendió mucho en quince días, cruza el pasillo, pisando suave, con las botas en la mano.

Y todas las noches al recoger el llavín oye la voz apagada y medrosa.

—¡Señorito, que me compromete usted!...

FERNANDO ISCAR-PEYRA

CREACIONES "KEPTA"

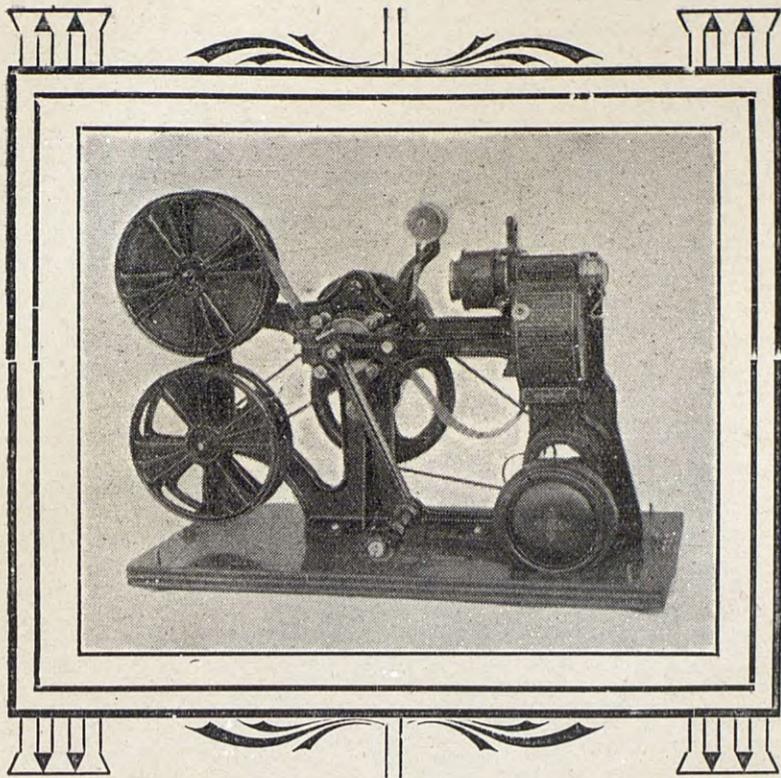
LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
TÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICA,
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS
36, B.º DES ITALIENS

S.º PETERSBOURG 21, MORSKAYA	KISLOVODSK PERSPECTIVE GALITZINSKY	MOSCOU 6, KOUSNETZKI MOST
---------------------------------	---------------------------------------	------------------------------

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE



“KOK”

La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un

CINEMATÓGRAFO

“KOK” PATHÉ FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA • EL MÁS ENTRETENIDO
EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de gran calor, para el jardín

Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por lo reducidos

PELÍCULAS ININFLAMABLES DE ASUNTOS
INTERESANTÍSIMOS Y VARIADOS
ALQUILERES Y ABONOS DE LAS MISMAS

MAYOR, núm. 18, entlos. -- MADRID

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== Venta de números sueltos ==

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL
EDITADA POR “PRENSA GRÁFICA S. A.”

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de “Prensa Gráfica”, Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::

ALBERTO ITURRIOZ

::: FUENCARRAL, 20 :::

Cuadros, cromos, dibujos,
estampas. :: Marcos y molduras. :: Miniaturas. :: Reproducciones

La casa mejor surtida de Madrid

GRAN SALÓN DE EXPOSICIONES

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

Supera al mejor extranjero



Creación de la
**Perfumeria
Floralia**
Granada 2
Madrid.

Pts. 1,25 la pastilla
De venta, en to-
das las buenas
perfumerias.

El presente mas delicado
que puede ofrecer un futuro, es
una caja del insuperable
Jabon.

tr.

Flores del Campo

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Hes/137